

Selección RNR

ELIZABETH URIAN

*Las feas también
los enamoran.*

Deirdre



Romance Histórico

LAS FEAS TAMBIÉN LOS ENAMORAN. DEIRDRE

Elizabeth Urian



1.ª edición: abril, 2015

© 2015 by Elizabeth Urian

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 10697-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-084-0

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Londres, 1870

—Decididamente, tú no me quieres.

Robert Doyle, conde de Millent, arrugó el entrecejo al escuchar esa contundente afirmación. Se rascó la cabeza en un intento de sosegar-se mientras evitaba la mirada reprobatoria de su única hija soltera.

—Vamos, Deirdre, no seas así...

—¿Y qué esperabas? Dudo mucho que fuera una rápida y agradecida aceptación por mi parte.

La joven se levantó del diván tapizado en gris perla y paseó enfurecida arriba y abajo por la alfombra de lana que protegía sus delicados zapatos del frío suelo.

—Si lo pensaras un momento... —El padre intentó de nuevo hacerla comprender.

—No me hace falta. —Se detuvo y le lanzó una airada mirada—. No voy a dejar que me cases como si fuera una vaca vieja a la que no queda más remedio que regalar porque ya ni leche da.

—Te aferras a lo melodramático, hija.

Deirdre Doyle podía ser cualquier cosa menos melodramática. A sus veintiocho años se caracterizaba por ser una joven tolerante y nada dada a las grandes exageraciones. También se sabía graciosa, culta, fea y soltera. Toda una tragedia, según su padre.

—¿Melodramático? —repitió—. Me siento burlada por mi padre, progenitor, amor de mis amores, el hombre más importante de mi...

—Basta, basta —la cortó—. No niego que estoy haciendo algo posiblemente reprochable...

—¿Posiblemente? —jadeó la aludida, ultrajada.

—Pero lo estoy haciendo con la mejor de mis intenciones. Es por tu bien.

—Ah, la frase del año. —Deirdre se sacó un pañuelo de la manga y fingió secarse unas lágrimas, no porque fuera incapaz de llorar, sino porque se sentía tan rabiosa que no podía derramarlas. Lo único que necesitaba era conmover un poco a ese pedazo de bruto que llamaba «padre»—. Lo que más me duele es ser traicionada por mi propia familia.

—Bueno... en cuanto a eso... —titubeó al explicarse—, he de decir que nadie me ha apoyado.

Eso tampoco era una novedad para Deirdre, pero al conde de Millent no le haría mal sentirse violento por lo que estaba haciendo.

—¿Ni tan siquiera Sharon? —lo preguntó sabiendo ya la respuesta. Su madrastra tampoco veía con buenos ojos esa herejía.

—Ella es la que más en contra ha estado de todo este asunto. —Todavía le escocía la disputa que habían tenido la noche anterior. Y la otra, y la otra...—. Sharon te quiere.

Deirdre sonrió en su interior. También sabía eso; como sabía que, en todo ese despropósito, su padre era el único culpable. Su madrastra y el resto de sus hermanos, así como sus cónyuges, le habían dado su apoyo. También le constaba que habían intentado hacer cambiar a Robert Doyle de opinión. En vano.

—Pues eso me confirma que tú no. —Hizo sus mejores pucheros y se acercó a él, mimosa—. Vamos, papá; en realidad no quieres hacerlo.

El conde no se dejó conmover por mucho que hubiera querido. Era un asunto zanjado.

—Te equivocas —le respondió—. Quiero hacerlo y lo haré.

—¡¡¡¡Argggggggg!!!! —Deirdre se apartó de él, furiosa—. Si me casas en contra de mi voluntad, nunca te lo perdonaré —amenazó.

Su padre se levantó y la miró con tristeza.

—Espero de todo corazón que eso no sea cierto, porque estoy decidido. —Salió del salón dejándola sola.

Casi al instante, la puerta se abrió de nuevo, dando paso a su madrastra. La esbelta y madura mujer rondaba ya los cincuenta años, pero ni su delgadez, ni la suavidad de su piel, ni sus vivaces, y ahora preocupados ojos verdes, lo atestiguaban.

A pesar de no ser la mujer que le dio a luz, la quería como si lo fuera. Deirdre recordaba a la perfección a su progenitora y todavía, al día de hoy, la echaba de menos. Lesley Millent, anteriormente conocida como Porterfield, murió de unas fiebres cuando ella era joven. Por eso, después de trece años compartiendo vida con su padre, la ternura de esta mujer y el profundo afecto que sentía por cada uno de los hijos de su marido, había afianzado un lugar en sus corazones. Era una mujer muy especial.

—Deirdre, hija, acabo de ver salir a tu padre. ¿Has conseguido hacerle cambiar de parecer? —Se sentó y dio palmaditas a su lado para que ella hiciera lo mismo.

—No. —Su humor era fatalista y su futuro un negro borrón—. Tanto si quiero como si no, me casaré.

—Oh, mi niña. —Le cogió las manos para darle consuelo—. Lo siento tanto...

—Tú no tienes la culpa de que sea un déspota sin corazón —arremetió enfadada.

—A lo mejor termina cediendo —expuso confiada; demasiado, tal vez.

El recién llegado, un rubio jovencito de doce años, arruinó esa vana esperanza.

—Papá acaba de ordenar que pasado mañana salgamos hacia Escocia —anunció Ernest, su hermanastro, mientras cerraba la puerta de la biblioteca.

—¡Oh! —gimió y se puso una mano en cada mejilla—. ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé. —Sharon meneó la cabeza con frustración—. Hace días que intento quitárselo de la cabeza. —Dio un beso distraído en la

cabeza de su único hijo natural cuando este se sentó en la alfombra, a su lado.

—Tal vez si huyo... —lanzó Deirdre a la desesperada.

—¡Ni se te ocurra! —La madrastra la cortó de raíz—. Si hicieras eso estarías llamando a las puertas de la desgracia.

—¿Y lo que está por llegar no es precisamente eso?

—Pensé que querías casarte —apuntó Ernest, interviniendo.

—Sí, pero no de esta forma —se levantó—. Lo que papá pretende hacer no tiene sentido y es demasiado abusivo, incluso para él. Ni tan siquiera se ha parado a pensar cómo me sentiría al ofrecirme así, como media libra de pasas secas y arrugadas. —Un estremecimiento la recorrió al pensar que pronto estaría casada y establecida en su nuevo hogar—. Ahora, si me disculpáis, necesito algo de soledad para tratar de digerir todo esto.

—¿Me prometes no hacer nada drástico? —Sharon la miró con desconfianza.

—Te lo prometo. —No era capaz de hacer algo que la lastimase. Todo lo contrario que su padre.

Sonrió con amargura y se dispuso a retirarse a la soledad de su habitación, pero para su consternación, esta estaba invadida por varias criadas que se apresuraban a guardar todas sus pertenencias para ser trasladadas al que pronto sería su nuevo hogar: Escocia.

Mantuvo la compostura mientras buscaba un sitio lo suficientemente tranquilo para poder dejar escapar la aflicción que la embargaba. Al final, se escondió en la pequeña habitación de costura y se sentó de cualquier manera en el hueco de la ventana, sin pensar en cómo de arrugado quedaría su vestido de inspiración romántica, en algodón blanco con estampados florales, del que tan orgullosa se sentía.

Ignoró el reflejo que la ventana le mostraba para centrarse en lo que se veía a través de ella. Desde la considerable altura del tercer piso de su casa, ubicada en Dover Street, podía otear buena parte de los tejados e incluso más allá. Las chimeneas escupían sin piedad volutas

de un humo negro y denso que ocultaba parte del cielo, pero era lo que ella conocía y no quería cambiar. No quería echar de menos los jardines y parques repletos de matronas y niños, dandis a caballo y cabriolés que se deslizaban para dejar lucir a sus ocupantes. Tampoco quería olvidar y dejar atrás las calles bulliciosas, las compras en el mercado o las anheladas visitas a la modista. Pero sobre todo, no quería abandonar su hogar y a su familia por un lugar en el que no había estado nunca. Ciertamente que era el lugar de nacimiento de su madre y en donde había vivido hasta que conoció a su padre. No obstante, una vez pasó a ser la condesa de Millent, no podía seguir residiendo allí.

Todavía recordaba cómo lo describía ella cuando Deirdre era pequeña. La evocaba embelesada y con evidente añoranza, siempre describiendo sus agrestes montañas o su empinadas colinas; los verdes campos, decía, tan parecidos y a la vez tan diferentes de la campiña inglesa; sus gentes, más toscas, pero que lograban darle significado a la palabra comunidad y con un sentido de pertenencia fuera de toda duda.

En fin, que para Deirdre tenía un claro significado: una vida diferente y difícil.

Las lágrimas, reprimidas por mucho tiempo, se descontrolaron y empezaron a anegar los ojos de la joven. Mientras se deslizaban por sus mejillas pensó que eso no era lo más grave del asunto. La dificultad residía en que iba a Escocia para casarse. Y si ese no era suficiente motivo para desesperarse podía añadir otro más. Iba a ir allí para contraer matrimonio con un desconocido. Sí, era el hijo de un amigo y su padre lo conocía. También había sido informada de que su madre y la que acabaría siendo su suegra habían sido amigas de la infancia, pero a ella eso le traía sin cuidado. Eso de los matrimonios concertados ya no estaba de moda, pero aunque lo estuviese, lo aborrecería de igual forma. ¿No era ya lo suficientemente mayor para elegir?

La verdad fuera dicha, era más que mayor. Si era sincera consigo

misma admitiría que, a sus veintiocho años y en la época actual, estaba marcada como una solterona sin remedio, pero era algo voluntario. Había recibido varias proposiciones, algunas de las cuáles eran muy interesantes, pero las había rechazado por diferentes motivos. En algunos casos era demasiado evidente que iban detrás de su dote y eso la hacía sentir más una mercancía que un ser humano. En otras ocasiones, eran los candidatos los que no la atraían lo más mínimo; y no era tanto por el físico —ella, menos que nadie, debería ser tan superficial—, sino por sus modales, aspiraciones, temperamentos... Y el último motivo, quizás por ser el más determinante, era que, por más que disimularan, no podían esconder el profundo desagrado que les producía mirarla a la cara.

Era fea, para qué negarlo. Oh, sí, tenía un pelo castaño, ondulado, brillante y con tonalidades rojizas que despertaba envidias en toda esa marea de primorosas rubias. Su cuerpo, además, tenía un aspecto curvilíneo que ensalzaba toda su ropa y le confería a su andar una cadencia que algunos calificaban como voluptuosa y sensual. Aunque, eso sí, solo sucedía de espaldas y antes de que nadie se fijara en su rostro, siempre tan, por decirlo de alguna manera, especial. En cuanto alguno de esos hombres —las mujeres también— echaban un rápido vistazo a su cara, los gestos abarcaban un gran abanico de expresiones, cada cual más inverosímil y gráfica. Y es que, ante la fealdad, nadie quedaba indiferente.

Deirdre, como no podía ser de otra manera, ya estaba acostumbrada. De hecho, era imposible no apreciar las peculiaridades de su rostro cada mañana frente al espejo del tocador. No es que fuera un esperpento, ya que sus ojos tenían un tamaño, una forma y un color de lo más corriente. Sin embargo, su nariz larga y aguileña, que parecía ser el centro vital de todo su rostro, partía en dos mitades su cara y la sintonía de sus pómulos, y la afeaba hasta tal punto que solo podía superarse la impresión si sonreía con sus voluminosos labios.

Por lo tanto, que un hombre destinado a ser su marido fuera incapaz

de soportar su aspecto era para ella un gran impedimento. Estaba segura de que miles de matrimonios estaban basados en mucho menos. Incluso, dado el caso, seguro que algunos de ellos no gozaban de un aspecto físico envidiable —podía apostar a que no era la única—. Sin embargo, Deirdre no podía evitar sentir que, a la larga, esa repulsión podía ser la causante de la destrucción de cualquier matrimonio en el que uno de los contrayentes no supiera ver más allá de las deficiencias físicas del otro. Porque, si una persona no era capaz de obviar algo que le repugnaba, difícilmente podría ser capaz de apreciar el resto de las cosas buenas que el otro tuviera que ofrecer.

Y lo más irónico de todo este asunto de la boda acordada —y también el más nefasto— era que su padre la obligaba a un matrimonio absurdo que reunía todas y cada una de las condiciones por las que antes se había negado a planteárselo siquiera.

La pura verdad era que se sentía abochornada. Tener que llegar a tales extremos no ofrecía una buena imagen de sí misma, pero sumado al aspecto que ofrecía resultaba una verdadera humillación.

Había intentado argumentarle eso a su padre.

—Pues tu gran amiga es fea y se ha casado; y con un hombre totalmente enamorado, debo añadir —había replicado él en respuesta.

Su argumento, como era evidente, no la satisfizo.

—Pero papá, no se trata del mismo caso. Camile no es tan fea como yo.

Para su consternación, Robert Doyle se había permitido una amplia sonrisa.

—Ella decía eso mismo de ti —le rebatió.

Cada excusa que Deirdre había puesto, su padre la había desechado. Era una lástima que su mejor amiga Camile ya se hubiera casado, así no lo hubiera utilizado en su contra.

Pero lo cierto era que no pensaba así. Se sentía muy feliz por ella. Camile era la única hija de un barón rural que había hecho un esfuerzo enorme por presentarla en sociedad. Como su dote había sido escasa,

no tuvo la más mínima propuesta de matrimonio, a excepción del hijo de un primo que heredaría la baronía.

Cuando se conocieron, Deirdre ya iba por la segunda temporada y Camile ya odiaba su única y nefasta primera. Ambas se reconocieron como almas gemelas, además de feas. Su amistad fue fulgurante e intensa; tal, que el conde la acogió bajo sus alas, para alivio del barón. A lo largo de varios años, su apego se afianzó más si cabe y un día, un buen partido, un comandante bastante apuesto con pretensiones de alcanzar un grado mayor junto con su propio barco, se declaró totalmente enamorado de Camile.

Tal fue la sorpresa general que hasta Robert Doyle tuvo una charla con el hombre, pero parecía sincero.

—Es adorable y maravilloso —había sentenciado la propia Deirdre en una confidencia a una enamorada Camile después de conocerlo y comprobar que el sentimiento era auténtico.

Deirdre vio florecer a su amiga de tal modo que llegó a parecerle incluso bonita bajo los rayos del amor y del compromiso. Pero, por vicisitudes del destino, las cosas no fueron bien y él la dejó. Al final, con todo aclarado, Camile estaba casada con el amor de su vida. Ahora hacía ya un año —más o menos— de todo aquello y Deirdre no podía ser más feliz por ello, aunque quizá sí podía admitir que se sentía un poco celosa de la dicha que su amiga poseía.

Pero, por desgracia, su destino no se parecía en nada. En pocos días partiría hacia a Escocia. Todo para devolver un favor a su padre. Todo para saldar una deuda. Había algo muy denigrante en aquel asunto «yo te presto dinero y te salvo de la ruina con la condición de que en un futuro, tu hijo debe estar dispuesto a desposar a mi hija, que por cierto, es la más fea».

Estaba claro; a partir de ahí, su vida sería un infierno.

Al sudoeste de Inverness (Highlands), Escocia.

—¡Mi vida será un infierno! —vociferó el escocés.

Con sus casi seis pies¹ de altura y sus casi ciento ochenta libras de peso², Liam McDougall dejaba entrever un ceño severo y profundo.

—Eso no lo sabes con seguridad —aseguró su primo Lorn con aspecto más relajado.

A pesar de ser primos de sangre, los dos hombres no podían ser más diferentes tanto en el físico como en sus formas de proceder. Mientras que Liam mostraba una apariencia nada menuda y robusta, Lorn destacaba por su delgadez y por su pelo ensortijado y del color de las zanahorias. Solo le faltaban las pecas. El primero, en cambio, lucía un pelo negro, lacio y más largo de lo habitual, lo cual no le restaba atractivo alguno.

En cuanto al carácter, Lorn caminaba por la vida con tono pausado y listo para disfrutar de cada detalle, hecho que se apreciaba en su conducta y en su manera de hablar. Liam, por el contrario, era bastante más espontáneo en cada uno de sus gestos y no perdía oportunidad de decir las cosas tal y como las pensaba. Por suerte para ambos, los dos primos se complementaban a la perfección. Además de parientes, eran los mejores amigos.

—¡Por supuesto que lo sé! —adujo Liam. Pateó el suelo y un trozo de tierra con hierba adherida salió despedido—. Cuando mi padre me dijo que estaba obligado a casarme y que no había nada que pudiera hacer para impedirlo, no me lo tomé nada bien, lo admito —una afirmación que rayaba el eufemismo—, pero todo se puso peor cuando añadió que la destinada a ser mi esposa sería la segunda de las hijas del

conde inglés ese.

—Sí, casarte con una segundona supone un drama —bromeó Lorn. Sin humor para burlas, Liam le lanzó una mirada iracunda.

—No lo entiendes. En este caso sí, pues sabía con seguridad que se trataba de la fea.

—¿La fea? —Por un momento, Lorn no comprendió.

—Sí. Mi padre la describió en varias ocasiones. Cuando tuvo que desplazarse a Londres con motivo de las negociaciones que tenía con el conde de Millent, padre la conoció.

—¿Y cuándo fue eso? ¿Hace más de veinte años? —preguntó incrédulo—. Debía de ser una pequeñaja. Las personas cambiamos, ¿sabes?

Liam se puso a la defensiva ante el evidente sarcasmo de Lorn.

—La ha visto más veces —se defendió, huraño—. La última vez, si no recuerdo mal, la chica debía rondar los quince años.

—No me convence —declaró su primo—. Sigo pensando que ha podido convertirse en una mujer espectacular. No sería la primera vez que sucede.

—Si tan maravillosa es, ¿por qué necesita su padre aferrarse a ese acuerdo sin sentido?

Y ahí estaba el quid de la cuestión.

—¿Tan fea era? —preguntó a regañadientes.

Liam todavía recordaba la descripción porque se había reído a costa de la joven una buena temporada. También se acordaba de la burla que dirigió a los ingleses por poseer semejante adefesio. Consideraba que las mozas escocesas valían cien veces más.

—Ajá.

—Quizás el tío Evan exageró. —Se arrepintió al instante de haberlo dicho ignorando, de paso, las cejas alzadas de Liam. Evan McDougall era cualquier cosa menos exagerado—. Bueno, al menos espera a verla antes de poner el grito en el cielo.

La charla se vio interrumpida cuando vieron la figura de Fiona, la prometida de Lorn, acercarse.

De carácter risueño, leal y trabajadora, era la mitad perfecta de Lorn. A pesar de sus grandes caderas y busto generoso, poseía una cara aniñada y unos rasgos dulces, tal y como a Lorn le gustaba.

—¿Me buscabas, mi vida? —preguntó este con una enorme y bobalicona sonrisa en los labios. La pareja acababa de prometerse y rezumaba amor por los cuatro costados.

—No especialmente —bromeó con picardía para acto seguido acercarse a Lorn y plantarle un apasionado beso—. Robina me manda a buscaros para que os advierta de que el McDougall está buscando a Liam.

Robina era la madre de Liam, mientras que el McDougall era una forma de dirigirse con respeto al padre del mismo.

—Le estaba dando ánimos —indicó su prometido—. Liam está demasiado angustiado por lo de su boda con esa inglesa.

—Acabo de enterarme por tu madre —se dirigió al aludido—. Robina ha dicho que en unas pocas semanas ya habrás pasado por el altar. Resulta perturbador que lo hagas antes que nosotros. —No pudo evitar fijarse en la tensión de sus hombros cuando lo mencionó.

—Si solo fuera por eso... —la amargura de su voz era evidente—. Al ser el único hijo del McDougall debo sacrificarme por el bien de la familia.

Por prudencia, la pareja se abstuvo de hacer comentario alguno; no querían echar más leña al fuego.

Liam se despidió de ellos dejándoles un momento a solas. La pareja necesitaba de muchos momentos así.

Aceleró el paso hasta llegar a la puerta que daba al patio trasero de su casa, que estaba siempre abierta. Si se daba prisa, su padre no refunfuñaría demasiado. El McDougall odiaba esperar.

—¿A dónde vas? —preguntó el objeto de sus pensamientos, deteniendo su avance.

Se dio la vuelta para toparse con un hombretón de gran tamaño y enorme barba gris que le miraba con sus enormes ojos oscuros y un aspecto disgustado. Era un hombre que imponía respeto, pero no solo por su aspecto; el McDougall era un sobrio y austero escocés que se tomaba a su familia y sus responsabilidades muy en serio.

—He salido a tomar el aire. Lorn ha venido a verme.

—Tus responsabilidades... —empezó su padre.

—Esperarán —sentenció fastidiado—. Creo que he demostrado que me tomo mis obligaciones en serio. —Ambos sabían que aludía también al indeseado compromiso—. No creo que un breve respiro haga daño a nadie.

—Liam...

Sin desear un nuevo sermón sobre sus obligaciones y sobre su falta de entusiasmo hacia cierta cuestión que cambiaría toda su vida, entró en la casa sin decir nada más, dejándole con la palabra en la boca. En las últimas semanas, su humor se había agriado y su límite de tolerancia era bajo.

Se dirigió al despacho. En cuanto entró, el calor lo golpeó, como siempre. La gran chimenea permanecía encendida todo el día por orden del McDougall, que siempre sentía frío. No importaba si Liam sudaba y se sentía incómodo por la intensidad del calor; era indispensable eliminar cualquier resquicio de frío.

La estancia era utilizada por padre e hijo por igual. Varias generaciones atrás fue uno de los comedores pequeños de la familia pero en la actualidad, su paredes estaban ocultas por estanterías donde reposaban multitud de volúmenes y papeles. Parte de ellos eran los que utilizó en sus estudios de leyes en Edimburgo.

—Ya sé que estás enfadado hijo. —Fue lo primero que dijo su padre al traspasar el umbral—; y no era mi intención cuestionar tus obligaciones. En cuanto a lo de tu próxima boda...

—No quiero seguir hablando de ello —lo cortó—. Haré lo que tenga que hacer y punto.

—Pareces un mártir. Acuérdate de lo que decía tu abuelo: «las cosas ocurren por alguna razón».

—Si soy un mártir será porque tú me has obligado a serlo, padre. Además, el abuelo no hubiera acuñado esa frase tan absurda si hubiera estado en mi lugar.

—Absurda pero cierta —lanzó un sonoro suspiro—. Vamos, Liam, ya hemos hablado de esto. Las cosas son como son.

Quizá, pero replicó de todas formas.

—No lo serían si tú no hubieras aceptado semejante disparate. Ese hombre abusó de tu situación desesperada.

—¿Te refieres al conde de Millent?

—El mismo. Se aprovechó como un maldito miserable del favor que le debías para endosarnos a su incasable y fea hija.

—¿Favor? Le debo... No —rectificó—. Le debemos más que un favor. Reconozco que nuestra vida nunca ha sido fácil, pero si durante ese periodo tan complicado en cuanto a cosechas, la hambruna, los desalojos, el brote del cólera y todo lo demás, no nos hubiera dejado esa cantidad enorme de dinero, a estas horas, este pueblo habría desaparecido; y nosotros con él —sentenció.

No le hizo gracia que le recordara ese penoso asunto. Los McDougall habían sido un fuerte clan en las generaciones pasadas y Glenrow, un feudo que les pertenecía. Sus arcas estaban llenas y eran poseedores de todas las tierras de labranza, cultivo y pastos. Pero los años y la revolución agrícola llevada a cabo por los terratenientes aristócratas hereditarios provocaron una situación en la que los escoceses —sobre todo los de las Highlands— fueron los únicos perjudicados.

Él era muy pequeño todavía, pero su abuelo le contó que los desalojos forzados de más de dos mil familias en un día, no eran infrecuentes. Muchos murieron de hambre o se congelaron hasta morir en sus casas. No ayudó el flujo migratorio de los montañeses a otras partes del mundo, mermando la población. El fracaso del cultivo de la

patata, alimento básico y primordial, diezmó los ingresos, aunque allí no fue tan dramático como en Irlanda. También la suplantación generalizada por la cría de ovejas.

Por lo tanto, el dinero empezó a menguar de tal forma que se tuvo que empezar a vender.

Como era de esperar, tuvieron que adaptarse, pero cada año había más pérdidas. Los campesinos no podían pagarles. Ni tan siquiera podían comer, así que empezaron a vender. En contra del hábito de expoliar a las pobres gentes que trabajaban sus tierras y no podían hacer frente a los pagos, su padre les dio cierto margen y se establecieron nuevas formas de pago. Hacer lo primero no era una solución viable a largo plazo, pues al final, ellos mismos se verían arruinados al no quedar nadie que trabajara sus escasas posesiones.

Liam era muy joven cuando empezó esa gran crisis, pero vivió la desesperación de sus vecinos y la de sus propios padres. Los ingleses se desentendían de ellos y utilizaban sus desgracias como manera de forzar la despoblación. Al final, desesperada, su madre acudió a una amiga escocesa que se había casado con un conde inglés. Tragándose el orgullo, el McDougall pidió ayuda monetaria para paliar la desgracia de los suyos. El conde de Millent, al contrario de lo que hubiera podido hacer cualquier inglés con semejante petición —y más viniendo de un escocés—, estudió con cuidado todo el asunto. Quizás fue el empujón de su esposa, otrora escocesa, lo que lo decidió o solo se trataba de un ser humano ayudando a otro, pero lo cierto es que les proporcionó mucho más de lo que nadie les habría podido dar jamás.

Con eso, como era evidente, no se hicieron ricos, pero les sirvió para evitar las múltiples pérdidas y establecer nuevas estrategias que les sostuvieran a ellos y a los que trabajaban sus tierras. Cada día aparecían nuevos conflictos que solucionar, pero habían logrado mantenerse a flote consiguiendo que el pueblo de Glenrow fuera próspero.

—Le debemos mucho a ese hombre, hijo —continuó Evan—. Por él

somos lo que somos.

—Y no te lo discuto —concedió—. Pero, ¿por qué tengo que ser yo el que pague por ello? Además, tú tienes mucha culpa en todo este asunto. Hace tiempo que aceptaste el acuerdo y nunca me dijiste nada —soltó con rencor.

—Porque era lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Para todos —sentenció—. Gracias al conde de Millent ganamos una vida digna. Lo mínimo que puedo hacer es quedarme como nuera a una de sus hijas y esperar que mi hijo se comporte como un hombre.

Liam enderezó la espalda al sentirse atacado.

—Eso es un golpe bajo —aseveró con acritud—; incluso para ti.

—Hijo... —El McDougall se negó a pedir disculpas. Necesitaba que cambiase esa actitud—, incluso viene con una sustanciosa dote.

—Es que si es tan fea, algo tendrá que dar —se detuvo. Ya habían hablado de ello miles de veces. Discutir no les llevaba a nada—. No importa, sé que te tiene atado de pies y manos; y también sé que según tú hemos salido bien librados de esta deuda que jamás habríamos podido saldar a cambio de solo una boda. Dejémoslo así.

Pero Liam no podía evitar sentirse enjaulado. Quería una cosa muy diferente de lo que le esperaba, pero no le quedaba más remedio que aceptar; no todos podían crear su propio destino.

1 1 pie = 30.48 cm / El pie (ft) es una unidad de longitud basada en el pie humano y utilizada por civilizaciones antiguas. Actualmente, el pie ha sido sustituido en casi todo el mundo por las unidades del SI, salvo en el uso corriente en algunos países anglosajones.

2 1 libra = 0,45359237 Kg / La libra (lb) es una unidad de masa usada desde la Antigua Roma. La palabra deriva del latín «escala o balanza» y todavía es usada en países anglosajones.

—¡Eso no es una casa, es un castillo!

La exclamación, proveniente de su sobrina Alana, la sacó de un letargo autoimpuesto.

Los cuatro componentes del carruaje se asomaron a las ventanas para apreciar el que sería el nuevo hogar de Deirdre. Hacía pocos minutos que habían atravesado el pequeño pueblo de Glenrow en dirección al hogar de los McDougall y, lo que Deirdre o cualquiera de los demás esperaban, resultó muy diferente de lo que contemplaban; una casa grande sí, pero no esa mole enorme de piedra gris de hasta seis pisos de altura —si uno se fijaba bien en las ventanas—, con una torre semicircular a su lado derecho y con torretas en parte de su tejado. Por suerte —aunque según para quién—, no había foso.

—Tía Di. —Ese era el diminutivo con el que la llamaban todos sus sobrinos—. Si no quieres quedarte a vivir aquí, lo haré yo en tu lugar —declaró Alana llena de excitación por tamaño descubrimiento—. Debe de ser increíble vivir ahí.

—Sí —masculló Deirdre sin apartar la vista de la ventana—. Increíble.

—Alana, siéntate y compórtate —Casandra, la hermana mayor de Deirdre y madre de la joven, la regañó—. Es impresionante —dijo después de echar un vistazo por la ventana.

—Y tres veces más grande que la casa de papá —acotó Ernest haciendo cálculos—. Debe de estar llena de fantasmas.

Ante la repentina alarma de su hija, Casandra palmeó la mano de Alana y replicó a su hermanastro.

—No hay fantasmas —le lanzó una mirada de advertencia—. ¿Verdad, Ernest?

Por unos instantes, Deirdre se desentendió de los otros tres y se

permitió contemplar de nuevo ese castillo. Su padre no le había informado de ese pequeño detalle sin importancia, lo cual le hizo preguntarse qué otras cosas había estimado no explicarle.

Consideraba también que ese no era el mejor momento para dejarse vencer por el desánimo. La velocidad del carruaje disminuía porque estaban llegando a su destino.

El viaje hasta allí le había resultado largo y pesado. Como no podía ser de otra manera, todos los miembros de su familia se habían desplazado también con la intención de estar presentes en la boda — con excepción de su hermano Andrew, que había creído más oportuno quedarse en Londres con su esposa Darleen, que se hallaba en un avanzado estado de gestación—, habían embarcado en Bristol con destino a Glasgow, así evitaban hacer todo el recorrido en carruaje y tardar una eternidad. Además, eran un total de catorce personas las que viajaban hasta Glenrow —Casandra, su marido Mason y sus tres hijos; su hermano Robert con su esposa Alexia y los trillizos de ambos; su padre, su madrastra, Ernest y ella—, así que solo había sido por comodidad. Por supuesto, el resto del viaje se hizo en carruaje. En el que viajaba ella iban cuatro personas. Había tres más delante y el último, que servía para transportar la mayor parte del equipaje de los miembros de la familia.

Cuando el traqueteo se detuvo, también lo hizo el corazón de Deirdre. No estaba preparada para el final del viaje.

—Nos están esperando —señaló Ernest.

Era fácil distinguir a la comitiva que esperaba en la gran arcada, que parecía ser la entrada principal del castillo.

—Es una lástima que no podamos adecentarnos mejor antes de ser recibidos —se lamentó Casandra retocándose el peinado.

—¿Qué importa la impresión que demos? No es que tengan intención de devolverme a Inglaterra si no les gusta lo que ven.

—Deirdre... —Su hermana la previno. Aunque Ernest estaba al tanto de cómo iban las cosas, no así su sobrina. A su corta edad, no

hacía falta que lo supiera. Las ayudaron a bajar y una bocanada de aire frío, seguido de un aire más frío aún, les dio la bienvenida.

A pesar del día claro y soleado, todos se estremecieron.

Deirdre se arrebujó en su capa y sintió que fuera tan fina. Sospechaba que ni los más crudos inviernos de Londres la habían preparado para las bajas temperaturas de las Highlands. Otro punto negativo que añadir a ese absurdo y loco plan.

—Deja de hacer morros —indicó Casandra, reprendiéndola.

—No los estoy haciendo —protestó; ella nunca hacía morros.

—Sí los estás haciendo, tía —confirmó Alana que, seguida de Ernest, se apresuró a dirigirse hacia su padre y resto de tíos, dejándolas solas.

—Deirdre, por favor, cambia esa actitud —suplicó en voz baja.

—¿Por qué? —Sabía ser testaruda como la que más.

—Porque no eres una niña, sino una mujer. —Le acarició la cara con cariño—. Sé que ahora mismo te digo lo que mamá te diría si estuviera aquí. Eres fuerte y valiente, y aunque parezca que el destino quiera acabar contigo, tú le plantarás cara como una luchadora. Mira, observa y sácale provecho —hizo una pausa—. Papá y todos nosotros estamos orgullosos de ti. No te comportes de forma que nos avergoncemos de ello.

—Eres cruel. —Sus ojos estaban anegados de lágrimas.

—No lo soy. Estoy en contra de esto, pero es algo que ya no podemos remediar. Solo quiero que te comportes con la dignidad que te caracteriza.

—¿Qué hacéis las dos aquí? —Sharon las interrumpió. Se fijó en la humedad de los ojos de Deirdre, pero se abstuvo de hacer o decir algo que agravara su estado—. Es hora de las presentaciones.

—Valor —le susurró su hermana.

Deirdre odiaba todo el asunto, pero compuso su mejor expresión y fue directa a los anfitriones, que en esos momentos hablaban con su padre.

El conde de Millent detuvo su charla cuando la tuvo a su lado.

—Hija. —La cogió de una mano, orgulloso—. Déjame presentarte a Evan McDougall y a su esposa, Robina.

«Ah, mis futuros suegros», pensó.

Quizás en ese momento no era la más objetiva de todas, pero él le pareció demasiado atemorizante y ella demasiado pequeña. No obstante, se comportó con toda educación.

—¿Cómo está, señor McDougall? —se dirigió primero al hombre.

—Muy bien ahora que te tenemos aquí. ¿No es así, Robina? —preguntó a la bajita y morena mujer que tenía al lado.

—Sí, querido. —Esta le besó la mejilla con efusividad y centró toda su atención en ella—. Nos alegramos mucho de que te encuentres entre nosotros. Mi hijo aparecerá en un momento, pero antes deja que te presente a mis sobrinos y parte fundamental de la familia, Edmé y Lorn.

Durante más de quince minutos, Deirdre aguantó con estoicidad las presentaciones de ambas familias mientras se iba enfureciendo por momentos. Lo menos que esperaba de ese patán con el que iba a casarse era un mínimo de cortesía. Ella deseaba ese matrimonio tan poco como él, pero merecía algo de respeto por su parte. Su evidente ausencia era una grave afrenta.

—Pero, ¿dónde está el chico? —La pregunta fue hecha por el McDougall, que empezaba a mostrar signos de enfado, pero la respuesta apareció de pronto cuando un hombre pasó corriendo a tropezones por el patio.

—¡Liam! —exclamó Robina.

El nombre la alertó. A todos, debería decir. Ningún miembro de su familia parecía demasiado complacido por el desplante del futuro novio. ¿Ese era el que iba a compartir su vida? Deirdre lo miró mejor, pero era difícil ver demasiado bajo esa capa de suciedad con la que iba cubierto. Además, olía fatal.

—Hijo, ¿qué tipo de espectáculo es este? —La profunda voz del

McDougall no sonaba entusiasmada.

—Lo siento papá, he tenido un problema —fue parco en detalles—. Pero si me dan un poco de tiempo para adecentarme...

Habló para todos los presentes, pero en una fracción de segundo, sus miradas se encontraron. Deirdre vio llegar la comprensión a sus ojos respecto a su identidad, al igual que vio en ellos lo mismo que en otros muchos: repulsión. Fiel a su estilo respondió a ello como siempre hacía, con desprecio. Le miró de arriba abajo dejando claro qué opinaba de su estado, revelando en su rostro un atisbo de menosprecio.

—Está sucio —exclamó su sobrino Jackson—. ¡Puaj!

El comentario, hecho por el benjamín de su hermano Robert, los sacó del trance y el hombre con el que se casaría en unos días se batió en retirada.

Hubo murmullos y excusas por lo sucedido, pero como nadie tenía intención de anular la boda, lo calificaron como un tonto incidente e intentó olvidarse.

Deirdre, por su parte, pensaba en cómo había sido destruida la última e ínfima esperanza que quedaba en ella cuando él la contempló. En algún momento desde que supo lo de la boda, se permitió imaginar que este sería diferente, que no se quedaría solo en su feo rostro y le daría una oportunidad —al fin y al cabo serían marido y mujer hasta el día de su muerte—, pero eso solo la hizo sentir más tonta que cuando se enamoró por primera vez y fue ridiculizada por completo.

—¿Te encuentras bien? —Su cuñada Alexia, esposa de Robert, se acercó preocupada.

—Claro —fingió una sonrisa—. ¿Qué podría ir mal?

—Querida Deirdre. —Su futura suegra se acercó, interrumpiéndolas—. ¿Te apetece ver tu habitación para que puedas descansar? Te ves algo pálida.

—El viaje la ha agotado. —Alexia intervino por ella, excusándola—. Le sentaría bien refrescarse.

—Por supuesto que sí. —Nada le apetecía más a Robina que

mostrarse hospitalaria con la que iba a convertirse en nuera—. Acompáñame.

Juntas se adentraron en el castillo, porque a eso jamás podría llamarlo casa. Subieron un sinfín de escaleras hasta detenerse ante una puerta. Cuando pasaron al interior, la sorprendió una amplia y soleada habitación.

—Es preciosa —musitó maravillada.

Y decía la verdad. De hecho, era tanto o más bonita que la que le pertenecía en casa de su padre.

Las molduras de madera se mantenían brillantes y cuidadas como si fueran nuevas. Los tonos beige, salpicados de rosa intenso —incluso en la gran alfombra que abarcaba casi la totalidad de la estancia—, inundaban cada rincón. La preciosa cama con dosel evitaría el intenso frío del lugar mientras estuviera acostada; ayudada, eso sí, por la chimenea, ahora encendida. Ni qué decir que el detalle del exquisito tocador le encantaba.

—Me alegro de que te guste. —Robina asintió satisfecha y cerró la puerta—. Sé que por fuera la casa puede parecer austera, pero no somos los bárbaros que los ingleses creéis. Nos gustan las cosas bonitas como a cualquiera. Por eso intentamos mantener nuestro hogar lo más bonito posible. Disfrútala y aprovecha la soledad. No tardarás en compartirla.

La inesperada referencia al matrimonio le había quitado la sonrisa, pero Robina lo notó.

—Ya sé que todo esto es muy precipitado y difícil de asumir. —Le cogió las manos—. Pero somos buena gente y estas son buenas tierras para vivir y criar hijos. No tengas en cuenta la primera impresión que Liam te ha causado. Dale otra oportunidad.

Era irónico que le pidiera eso teniendo en cuenta que con ella los hombres se quedaban siempre con la primera impresión.

—Por supuesto —lo dijo solo para tranquilizarla. Llamaron a la puerta y entró una criada joven que venía a ayudarla a adecentarse.

Aunque estuviera allí a desgana, se permitió el lujo de refrescarse con tranquilidad. También se había cambiado el vestido de viaje por uno más apropiado y bonito en color chocolate con fruncidos en los bordes de la chaquetilla y tiras de terciopelo marrón en las mangas y la falda. Cuando estuvo lista despidió a la doncella. Una vez a solas paseó la mirada por la habitación ignorando el lugar en donde se hallaba ubicada la cama. No podía evitar pensar lo que sucedería allí en poco tiempo. Un griterío la distrajo y se asomó a la ventana. Sus seis sobrinos, incluida la pequeña Patricia, corrían extasiados por el exterior persiguiendo a Ernest y bajo la atenta mirada de la niñera. ¡Qué maravilloso poder disfrutar de la infancia! Por desgracia, ser mayor, no siempre conllevaba felicidad.

De inmediato echó de menos a Andrew —su hermano menor si no se contaba a Ernest, su hermanastro—. Era él quien siempre lograba hacerla sonreír cuando estaba deprimida y era con el que más había tratado cuando su hermana Casandra se casó con Mason y poco tiempo después Robert hizo lo propio con Alexia. Ahora todos estaban casados, incluso Camile. Ojalá el embarazo no le hubiera impedido realizar este viaje. Le hubiera gustado tenerla con ella. Suspiró con pesadez y se dispuso a poner buena cara cuando la llamaron para unirse al resto. Que nadie dijera que no ponía de su parte.

—Nos has avergonzado. —Evan McDougall paseaba furioso por la alfombra que cubría parte de la habitación de su hijo.

—No seas tan exagerado, papá —objetó mientras terminaba de ponerse los zapatos. Antes se había dado un baño para eliminar la suciedad que lo cubría—. Solo fue una entrada un tanto... desafortunada.

—Lo mínimo que te exigía era que estuvieras vestido y arreglado para recibirles, pero no, siempre tienes que hacer tu santa voluntad. ¿Qué te ha ocurrido de verdad?

—Eh... —Pensó en la pelea y el malhumor volvió, pero recordar cómo quedó Clifford le hizo sentir mucho mejor—. Tuve una pequeña diferencia con Clifford.

—¿Otra vez? —El McDougall alzó la voz—. Estoy harto de repetírtelo; déjalo en paz o esta disputa terminará peor de cómo has llegado hoy.

—Se lo merecía —adujo.

Clifford era un vecino y una constante espinas en su costado. Jamás habían sido amigos, sino rivales, ya fuera por quién trepaba el árbol más alto, por la atención de una joven o por la adquisición de una parcela de tierra. No era la primera vez que llegaban a las manos y, a pesar de ser ambos dos hombres adultos, esas peleas resultaban de lo más satisfactorias.

—Liam, deja ya de actuar como un niño. Lo más importante era que estuvieras presente cuando llegaran nuestros invitados.

—Tienes razón. —Hizo una mueca cuando recordó el momento en que la vio—, pero así me ahorré estar más de lo debido con mi prometida. Es realmente fea.

—¡Liam! —tronó su padre.

—No estoy diciendo más que la verdad —declaró—. Es incluso más fea de lo que tú contaste.

—Pues está a punto de convertirse en tu mujer —espetó su padre—; y espero no tener que llamarte la atención sobre ello. Tu deber es agradar a su familia y comportarte con ella con la educación y respeto que se merece.

—Ya...

—Ella no tiene la culpa de ser como es. —Se acercó a la puerta—. Céntrate en las cosas positivas que veas en ella y trata de no avergonzarnos. Te espero abajo, no tardes.

Liam se quedó solo y se abrochó bien el chaleco. Odiaba tener que vestirse como si estuviera en la ciudad. Además, todo era en beneficio de... ella. Recordó su expresión de desdén cuando lo vio todo sucio y hecho un asco, pero cuando lo viera de nuevo, no pondría esa cara. No cabía duda alguna de lo atractivo que podía resultarles a las mujeres y ella no sería la excepción. La inglesa tendría que besarle los pies de puro agradecimiento por tener la oportunidad de unir su vida a un buen mozo como él. A lo mejor su mirada altiva solo era una forma de protegerse. Quizás era una chica sencilla, con poca autoestima y poquita cosa a la que podría manejar a su antojo recluyéndola en casa, permitiéndole así olvidar que estaba unido a ella hasta el fin de sus días.

Bueno, lo mejor sería que hiciera acto de presencia antes de acabar ofendiendo de forma definitiva a su familia política y que esta hiciera algo drástico, como que obligaran a su padre a devolver todo que le habían prestado.

Los encontró en el salón principal, al lado del fuego. La tarde empezaba a caer y, aunque estaban en primavera, cuando el sol se ponía el frío impregnaba cada rincón. La familia de su futura esposa era numerosa en comparación con la suya, y eso que sabía que no todos estaban allí.

Por fortuna, nadie le había visto entrar todavía, así podía ver sin que

reparasen en él. Unos hablaban con los otros de forma distendida, como si se conocieran de tiempo atrás, pero la que le llamó la atención fue ella. Estaba de pie al lado de la chimenea, charlando animadamente con su prima Edmé y otra mujer. Esta vez la miró con detenimiento. No obstante, su rostro seguía siendo igual de feo que cuando lo había visto con anterioridad. Su nariz era demasiada alargada y puntiaguda, lo que le hacía visualizar una imagen de ella en la vejez; parecería una bruja. El resto de la cara tenía un efecto raro y no sabía a qué era debido, pero producía un resultado poco halagador. No podía ver sus labios ni sus ojos desde esa distancia, pero dudaba que fueran especiales. Mirando con detenimiento podía asegurar, eso sí, que su figura estaba redondeada donde hacía falta y sus pechos sinuosos eran estimulantes, pero no lo suficiente para llegar a olvidar su rostro. ¿Cómo alguien podía pensar siquiera en besarla? Ni qué decir del deseo; ella no lo despertaría ni en el más fogoso y predispuesto de los hombres.

«Santo Cielo», pensó de repente. «¿Cómo lo haré en la noche de bodas?»

Le faltó poco para que le entraran arcadas. Tendría que hacerlo muy rápido y con ausencia de toda luz. ¿Podría notar una virgen su evidente falta de excitación? Se temía que tendría que fingir placer, pero no tenía la más mínima idea de cómo hacerlo. Tendría que encontrar a alguien con quien hablar de esto.

Harto de sus deprimentes pensamientos, se adelantó para llamar la atención. Ignorándola con total deliberación, se acercó al que en pocos días sería su suegro.

—Disculpen la tardanza. —Ofreció su sonrisa más deslumbrante y estrechó la mano del hombre—. Espero que, a pesar del espectáculo que he dado, se hayan sentido bienvenidos. —Entonar un mea culpa siempre era una buena estrategia.

En esta ocasión no fue menos eficaz y el conde de Millent aceptó las excusas.

A continuación se fue presentado a la condesa, a los hijos, nueras, yernos y demás, dejando para el final a su prometida.

—Lady Deirdre. —Cogió su mano enguantada y depositó en el dorso el beso de rigor. Cuando la miró a la cara se felicitó por conseguir mantenerse estoico—. Espero que el viaje no la haya fatigado. —Se abstuvo de hacer algún comentario más por miedo a dejar entrever su falsedad.

—Quizás un poco, pero ya estoy repuesta. Gracias por el interés, señor McDougall.

—Bueno, basta ya de tantas formalidades. —Evan McDougall intervino—. Creo que si nadie tiene nada en contra, dadas las circunstancias, podéis tutearos. —La mayoría asintió—. Hijo, ¿por qué no la llevas a dar una vuelta por la sala y empezáis a conoceros?

Estaba claro que su padre lo hacía con buena voluntad, pero Liam no tenía ganas de hacer eso.

—Por supuesto —dijo, en cambio.

Ella se agarró con docilidad a su codo, lo que le hizo pensar de nuevo que quizás sería una esposa manejable.

Ambos emprendieron un obligado paseo alrededor de la sala mientras eran observados por los familiares que charlaban amigablemente esperando que, por algún milagro, eso les sirviera para acercarse.

—Quizás deberíamos hablar de algo —dijo Liam al cabo de un rato, en el cual ninguno de los dos dijo nada.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella. Los dos miraban hacia el frente y mantenían un ritmo moderado de paseo.

—Porque eso es lo que se espera de nosotros.

—¿Y siempre hace lo que se espera de usted, señor McDougall?

—Liam —la corrigió. Cuando lo llamaba señor lo hacía parecer su padre—. Y no, no siempre lo hago.

—¿Y por qué sí en esta ocasión?

—No lo sé —admitió con franqueza—. Quizás no me apetezca estar

una hora dando vueltas sin mediar palabra. ¿No está de acuerdo?

—Tal vez, pero quizás estaría más receptiva si no me obligaran a ello.

Que ella se sintiera tan atrapada como él no lo consolaba; y mucho menos le hacía olvidar su aspecto.

—¿Qué la haría sentir mejor, entonces? —intentó ser amable. Al fin y al cabo era un caballero.

—Oh —pareció que ella lo estaba pensando—, quizás un halago.

—¿Un halago? —preguntó sorprendido. Se esperaba cualquier cosa menos eso.

—Sí. —Deirdre medió una sonrisa—. Que dijera algo bonito sobre mí me ayudaría a levantar el ánimo.

La muy... Liam se estremeció. Con toda probabilidad, se estaba riendo de él. Una mirada de reojo se lo confirmó. ¿Cómo podía halagarla sin ofenderla y sin que tuviera consecuencias? Su aspecto no ayudaba y no la conocía lo suficiente como para alabar su forma de ser. Decididamente, la chica tenía una vena malvada. Así se esfumaban sus esperanzas de obtener una esposa dócil y manejable.

—Esto... pues... —No se le ocurría nada—. Su, su...

—¿Mi qué? —preguntó ella.

—Tiene el porte de una reina —barbotó a la desesperada. Solo cuando lo hubo dicho notó la sorpresa de ella. Se felicitó. ¿Lo había hecho bien, verdad? Ahora le tocaba a él presionarla. Donde las daban, las tomaban—. Creo que, ya que nos estamos conociendo, podría devolverme el favor. A mí también me gustaría escuchar algo agradable sobre mi persona.

Ella lo tenía fácil, pero no se trataba de eso, sino de ponerla en un aprieto y obligarla a hacer algo que no deseaba. Deirdre no tenía más opción que elogiar su aspecto. ¿Qué diría? Quizás se refiriera a su hombría. No, demasiado descarado. Tal vez manifestara devoción por su aspecto varonil, o incluso puede que se decantara por loar su rostro masculino y atractivo...

—Vuestra inteligencia es la mejor prueba de que Dios tiene sentido del humor. Liam casi se detuvo. ¿Acababa de insultarlo? No sabía si reír por la habilidad que ella había demostrado para camuflar un insulto dentro de un halago o si enfurecerse por ello. Eso sí, no había hecho mención alguna a su aspecto físico ¿Sería casualidad? No tuvo tiempo de pensarlo demasiado, ya que la señora Daniel's, el ama de llaves, acababa de entrar anunciando que la cena estaba lista. Así que se unieron al resto y se dirigieron al comedor

En los siguientes días Deirdre no tuvo tiempo ni de pensar. A pesar del poco tiempo que tenían los McDougall y los Millent para preparar el enlace y la vorágine que suponía tenerlo todo perfecto, los primeros ya tenían organizado el banquete con el menú, el párroco tenía el permiso para casarlos y la decoración de la iglesia estaría a cargo de las mujeres de Glenrow. Incluso el vestido estaba ya casi listo. De seda rosa y escote cuadrado, no desmerecía a ninguno hecho para tal ocasión. Deirdre no había escogido las mangas abiertas de caída libre ni los ribetes en la parte baja de la falda o el corpiño, pero seguía siendo igual de delicioso. Incluso los zapatos a juego, de cuero y seda, eran perfectos.

Durante los preparativos no había hecho nada, pero era requerida para supervisarlos todo y dar el visto bueno. Como si eso la implicara más. Si hubiera sido una boda consentida se hubiera lanzado a ello con alegría y desenfreno, pero no había nada entre los novios: ni amor, ni afecto. Ni tan siquiera temas comunes de los que hablar.

¿Así sería su vida? Se preguntaba con cierto desespero. ¿Ese tedio e indiferencia por todo? Nadie podía, eso sí, negar que se esforzaba por disfrutar. Incluso, en los momentos libres, la obligaban a dar paseos referidos como «de pareja» con Liam, pero ninguno de los dos decía demasiado. Para lo único que servían esas caminatas era para observar los alrededores y ser presentada como la futura señora de Liam

McDougall a las personas que trabajaban para ellos y a los vecinos del pueblo.

El paisaje, debía reconocerlo, era majestuoso, verde y limpio, pero tan pobre que daba ganas de llorar. Deirdre estaba acostumbrada al lujo y la abundancia, pero había familias que, por su aspecto y el de sus viviendas, delataban su condición más que humilde.

—¿Eso es todo lo que conseguisteis con el dinero que mi padre le dejó al tuyo? —le preguntó ella en su ignorancia el día antes del enlace.

Liam pareció sorprendido con la pregunta y se tomó tanto tiempo para responder que pensó que no lo haría.

—Sin ese capital —dijo al fin—, no habría nada. Fueron unos malos años. De los peores. Nos sirvió para pagar deudas, mantener lo poco que quedaba, comprar lo que necesitábamos y establecer una estrategia que permitiera a los McDougall y su gente sobrevivir. —Detuvo su paso y observó a unos hombres arar la tierra mientras otro daba de comer a los animales—. Han tenido que pasar años para que los pastos lleguen a ser lo que son y obtener beneficios.

—Pero es que parecen tan pobres... —se lamentó.

—Y lo son; pero también nosotros. —La miró a la cara—. No te engañes; aunque parezca que vivimos mejor que ellos, todos los meses hacemos equilibrios para conseguir las ganancias que nos permiten seguir adelante. Somos más favorecidos, sí, pero pagamos un precio.

—¿Eso es lo que haces cada día? —De repente estaba interesada. Había muchos retos y quería colaborar. Quizás su vida no sería tan aburrida, después de todo.

—Más o menos —dijo esquivando unas heces en descomposición que había en el medio del camino.

—¿Y qué haré yo? —Ya casi sentía en los dedos la emoción de hacer cosas nuevas.

—¿Tú? —La miró con extrañeza—. Pues quedarte en casa con mi madre haciendo labor, preparando menús, lavando, cuidando de

nuestros hijos... Cosas así. Ese es el trabajo de una esposa ¿no?

Deirdre no se habría quedado más estupefacta si alguien le hubiera dicho que al final iba a ser la amante de un rey. Se había preparado toda su vida para hacer todo eso, pero de repente, sentía que quería más.

—¿Eso es lo que hace tu madre? —pudo articular por fin.

—En esencia, sí.

Así que, después de todo, acabaría siendo la criada de su marido. Ni querida, ni respetada ni, mucho menos, valorada. Encerrada en esa mole que llamaban casa y viendo la vida pasar. No. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Quizás hasta ahora no había controlado demasiado su destino ni había querido participar en él de forma activa, pero eso acababa aquí y ahora. Desde ese momento volvía a coger las riendas direccionando la senda por la que deseaba ir. ¿Trabajo de esposa? Ahora se enteraría; se enterarían todos.

Lejos de lo que uno podría creer, no pensó en huir. Bueno, quizás sí, pero solo por un momento. Lo importante era reunirse con su padre. Necesitaba hablar con él, a solas.

—¿A qué viene tanto misterio? —le preguntó este cuando casi lo arrastró a una salita privada—. ¿No estarás tratando de nuevo que cambie de opinión? Porque si es así...

—No —lo cortó—. No es eso. Quiero hacerte alguna pregunta.

El conde no se sintió más tranquilo por eso. De hecho, se le ocurrió que ella podría querer saber ciertas cosas un tanto incómodas de contar a una hija y que sucedían en la privacidad de la alcoba.

—Yo... Esto... Ejem —carraspeó incómodo. De pronto, le apretaba el nudo del lazo—. Deirdre, tal vez quieras hablar de esto con Sharon.

—¿Con Sharon? —se extrañó—. ¿Para qué iba a querer hablar con ella de esto? Como mi padre que eres y experto en la materia, es tu

deber resolver mis dudas. Y darle solución, debo añadir.

—¿Qué sabes tú sobre si soy o no soy experto en nada? Si alguien ha estado hablando contigo... —El pobre hombre ya sudaba—. De verdad que creo que has de hablar con Sharon.

Deirdre no sabía de qué diablos hablaba su padre. Dudaba que su madrastra tuviera nada que decir o hacer sobre esas cuestiones.

—Papá...

—¡No! Cuando una joven como tú tiene dudas sobre cómo... esto, la noche de bodas —casi se atragantó al decirlo—, lo más conveniente es tener una charla de mujer a mujer. Si me permites hablar con Sharon...

¿¡Noche de bodas!?! Si el asunto no revistiera de tanta gravedad, Deirdre se echaría a reír. De hecho, el labio tembló en un intento por dominar su hilaridad. ¡Su padre pensaba que ella quería saber sobre lo que ocurría entre un hombre y una mujer!

—Papá, no es de eso de lo que quiero hablarte.

—Eh, ¿no?

Deirdre negó con la cabeza.

—Se trata de mi dote.

—¿Tu dote? —El cambio de tercio le pareció tan brusco que Robert Doyle parpadeó perplejo.

—Sí. No habrás firmado los documentos todavía, ¿verdad?

—¿Qué clase de extraña pregunta es esa?

—Una muy importante. Tú límitate a contestar.

—Deirdre, eso son cosas de... —Detuvo lo que iba a decir al ver la cara de su hija—. Está bien. No; precisamente he de reunirme al final del día con Evan para hacerlo.

—Excelente. —Sonrió de puro alivio. No estaba todo perdido—. ¿Y a quién cedes el control de mi dote?

—Hija, qué preguntas tan extrañas. Pues a tu marido, por supuesto.

Sí, era lógico. Pasabas del yugo paterno al del marido. Nunca se lo

había cuestionado. Las cosas se hacían así y punto, pero se presentaba como algo muy injusto para las mujeres, ahora lo veía. ¿Por qué debía controlar un hombre algo que les pertenecía? Era como si no valieran nada y el padre tuviera que ofrecer dinero para quitárselas de encima. Y si la mujer en cuestión quería hacer uso de ese dinero... Pues no. A aguantarse. Si tenían suerte podían recibir un pequeño estipendio para sus cosas. ¿Estipendio? ¡Ja! Las trataban toda su vida como niñas tontas incapaces de controlar su destino.

Iba a demostrar cómo se hacían las cosas.

—Papi. —Se acercó con lentitud él y se colgó de su brazo—. ¿Me quieres?

La pregunta, como era evidente, descolocó al conde de Millent.

—Por supuesto. Eres un sol para mí —se apresuró a responder.

Deirdre se sintió complacida, pero no lo dejó entrever. De momento iban bien.

—Y si pudieras compensarme por todo esto del matrimonio forzado —matizó—, lo harías, ¿verdad?

—Claro, hij... —se detuvo de inmediato, suspicaz— ¿A dónde quieres llegar a parar?

—Quiero tener el control de mi dote —soltó a bocajarro. Era inútil seguir con la comedia.

—¿Y por qué deseas eso? —Estaba estupefacto—. Es sumamente inusual. —De repente tuvo un escalofriante pensamiento—. Si lo quieres para poder marcharte puedes ir despidiéndote de la idea.

—No seas obtuso, papá. Lo que pasa es que he descubierto que Escocia es diferente de Londres. Se espera de mí que sea costurera, lavandera, cocinera, madre y criada, y mucho me temo que acabaré loca de remate si es así.

El padre se apiadó de ella. Su hijita ya había tenido que soportar suficiente.

—¿Sabes que un marido en Inglaterra hubiera sido lo mismo? —indicó con suavidad.

—Quizás —concedió. De hecho, sabía que sería así—, pero al menos tendría amigas con las que reunirme, salir de compras, bailes... Si me das el dinero tendré el control sobre mi vida; o al menos modificarlo según crea conveniente.

—No estoy seguro de esto...

—Por favor, papi —suplicó; y ella casi nunca lo hacía—. Ellos han salido bien librados de una situación gracias a tu generosidad. Con solo una simple boda, ¡pum! —chasqueó los dedos—, asunto resuelto. Lo lógico sería que, si no pueden compensarte de forma económica, acepten que yo posea el control de mi dote. ¿Es justo, no?

Robert Doyle miró la resolución de su hija. Lo que había expuesto no carecía de sentido. Si al menos pudiera darle una alegría...

—Está bien —claudicó—, pero no les gustará.

Deirdre le abrazó con alegría y lo llenó de besos.

—Todos tendremos que hacer alguna concesión —dijo al fin—. No es justo que yo las haga todas. ¿Prometes que no cederás?

El conde se sentía culpable y, aunque creía estar haciendo lo más acertado para su hija, se agarró a ese clavo ardiendo que ella le ofrecía para hacer las paces.

—Lo prometo.

—¿Hasta cuándo tendré que aguantar? —Liam se lamentaba furioso; furioso con su padre, con el maldito conde y con la condenadamente astuta hija.

—No lo sé, hijo. —El McDougall había esperado a desvelar la noticia sobre la dote de su futura nuera por simple prudencia; y el mejor momento era poco antes de la ceremonia nupcial, mientras acomodaba bien los pliegues en el hombro de su hijo y afianzaba el broche.

—Es que no lo entiendo. —Liam se miró en el espejo y este le devolvió un reflejo desalentador—. ¿Por qué aceptaste ese trato?

—Porque era justo. Mira hijo, yo tampoco estoy contento con esto, pero la chica tiene intención de cumplir el trato. Ha renunciado a más que nadie: lejos del país en el que ha vivido siempre, lejos de la familia y amigos, incluso del estilo de vida al que está acostumbrada. Además, no estamos en Londres, por lo que con toda probabilidad no se gastará ese dinero en banalidades.

—Con toda probabilidad —repitió mordaz—. Espero no tener que acabar teniendo que suplicarle por limosna.

—Hijo...

—Ya estoy listo —lo cortó furibundo—. Dile a mamá que ya puede comenzar con todo este teatro.

El resto del día, que tendría que haber sido uno de los más felices de su vida, lo pasó como ausente. Para su incredulidad, ambas familias se veían exultantes, igual que lo estarían si toda esa pantomima fuera cierta. Al principio, su familia política se había sorprendido por el atuendo masculino de los McDougall. Todos lucían los tartanes y kilts con el color original del que en su día fue un clan con nombre propio —en naranja y con las líneas horizontales y verticales en verde, violeta

y gris—. Ahora ya hacía casi tres generaciones que no era la vestimenta ordinaria de los escoceses, pero sí se había convertido en vestido simbólico nacional de Escocia. Muchos de ellos lo seguían utilizando en fiestas y conmemoraciones especiales. Tanto su padre como él, Lorn y el marido de Edmé, lucían el kilt con un cinturón y el tartán acomodado al resto superior del cuerpo, prendido con un broche plateado en el hombro izquierdo.

Pasada la novedad y durante la fiesta posterior al enlace, su atención se centró en su esposa. Obvió el estremecimiento que le recorrió, pues ya no había remedio. Estaba casado; y con una mujer con una muy buena figura, debía añadir. El vestido de novia acentuaba sus curvas donde hacía falta. La franja de tela que lucía en su cintura, la estrechaba hasta límites imposibles, y el recogido de su peinado, que lanzaba destellos rojizos, dejaba a la vista un esbelto cuello y una garganta que descendía hasta esos pechos enhiestos y llenos. Lástima de su cara. Lástima, lástima, lástima. Era una pena que el rostro fuera lo primero que viera. Le quitaba todo interés al resto.

Ahora, Deirdre hablaba con su madre y otras matronas, pero no sonreía. En honor a la verdad, la actitud de Deirdre no había sido muy diferente de la suya. A estas alturas del día podía afirmar que no la había visto sonreír en ningún momento. Se había mostrado, eso sí, muy correcta con toda la gente del pueblo que asistió al enlace y que le deseó toda la felicidad del mundo. En realidad, no habría sido tan malo, exceptuando el maldito momento del beso. Ahora mismo no recordaba nada, ni su tacto, ni su sabor... Había estado tan pendiente de no expresar repulsión que se había olvidado de sentir. Dentro de poco sería la hora de retirarse y tenía un miedo atroz. ¿Qué iba a hacer? Se sentía algo así como un mártir; haciendo sacrificios por el bien de su familia.

También estaba muy presente el rencor que sentía hacia ella por convencer a todos para tener el control de su dote. Necesitaban tanto el dinero... ¿Sabía ella acaso lo que se podría hacer en la casa y en las

tierras con esa fortuna? Sin lugar a dudas, no era la misma cantidad que le prestó el conde de Millent a su padre, pero para ellos seguía siendo muchísimo dinero.

—Deberías sacarla a bailar.

La sensual voz de su cuñada lo arrastró al presente.

—¿Cómo dices? —Liam no se cansaba de mirar a Casandra; no es que fuera arrebatadora, pero sí bonita. ¿Por qué no ella? Era una pena que ya estuviera casada.

—Digo, que deberías sacar a Deirdre a bailar —repitió—, pero después de que me haya marchado de aquí para que no sospeche que yo te lo he sugerido.

—¿Crees que querrá? —Liam no lo veía tan claro.

—Ya lo creo que sí —aseguró—. Mi hermana adora bailar; no importa el lugar, sino aprovechar cualquier excusa para hacerlo. —Le sonrió y él se sintió maldecido de nuevo cuando no pudo evitar comparar a las hermanas.

—No parece ser de las románticas. —En realidad, no había pensado nada de ella. Hasta ahora no le había importado lo suficiente.

—Y tú no pareces un patán insensible.

«Touché».

—Creo que me merezco esta reprimenda.

—Pues claro que te la mereces. —Soltó un bufido exasperado poco apropiado para una dama—. Mira, sé que todos te han dicho hasta la saciedad que esto es lo que hay, pero creo que no te has parado a pensar que lo que tú crees que es una desgracia, también lo es para ella, aunque cada uno por motivos diferentes. O pones un poco de tu parte o tu vida puede llegar a ser muuuuuy difícil.

—¿Todavía más? —soltó sarcástico sin apartar la mirada de su esposa, que seguía charlando.

—Créeme, cuando mi hermana se siente desairada o herida puede llegar a ser muy cruel.

«¿Más cruel que obtener el control de su herencia?».

—Créeme, me hago una idea aproximada.

—Eres obstinado —declaró—. Por desgracia, no más que ella. Espero que este matrimonio no acabe con ambos. Recuerda mi consejo. —Se marchó de allí acercándose hasta su marido, que la esperaba con una enorme sonrisa.

A pesar de los bienintencionados consejos, hizo caso omiso de ellos. Se mantuvo apartado de Deirdre todo lo que pudo y, si alguien pensaba que era muy extraño para un recién casado, era su problema.

Después de beber mucho y comer poco llegó el maldito y temido momento. Las mujeres, con alegría, fiesta y picardía, se llevaron a su ruborizada esposa hasta las habitaciones. Él solo atisbaba qué podía estar pasando mientras se quedaba en el comedor con los hombres y recibía de ellos bromas subidas de tono y algún que otro consejo malicioso.

Cuando las damas aparecieron de nuevo fue el turno de ellos recorrer el mismo camino que le llevaría hasta su alcoba nupcial.

Liam siempre había creído que mantener la tradición de ese antiguo ritual resultaba encantador; hasta ese momento, en que lo encontraba carente de toda gracia e incluso ofensivo.

La puerta de la habitación se cerró a sus espaldas con él dentro. Mientras, oía las risas amortiguadas que ya se alejaban. La estancia estaba iluminada por velas y un ligero perfume flotaba en el ambiente. En la chimenea, el fuego ardía.

Evitó mirar a la cama, en la que seguro, su esposa esperaba.

—Puedes hacerlo, puedes hacerlo —recitó en voz muy baja.

Se quitó toda la ropa sin hablar. Despacio, sin prisas. Ella tampoco dijo nada y lo agradeció. A lo mejor, si seguían así, podía cerrar los ojos e imaginar ese sugestivo cuerpo con otra cara diferente.

Se metió en la cama tal cuál vino al mundo, pero en cuanto alzó las sábanas, en lugar de encontrarse a una virgen tapada por completo y con los ojos cerrados, se topó con una mujer bien despierta y con los ojos bien abiertos, envuelta en un camisón de seda y con una cascada

de reflejos rojos que acariciaban sus hombros y su pecho.

«Debería haberlo imaginado».

—¿Hay algo que te guste? —intentó provocarla para tantear su reacción. Si no fuera por el eterno detalle de su rostro, su sinuoso cuerpo ya habría conseguido ponerlo en evidencia. Deirdre no contestó y Liam suspiró—. ¿Sabes lo que va a pasar ahora, verdad? —le preguntó—. Si no hablas voy a pensar que te ha comido la lengua el gato.

—Sí, lo sé —respondió su esposa al fin—. No soy tonta. A cierta edad hay cosas que se saben.

Era lo último que Liam pretendía escuchar y por un instante se desconcertó.

—¿A cierta edad? No sé si acabo de comprenderte. ¿Eres virgen, verdad? —Solo faltaría que ya estuviera deshonrada.

—¡Por supuesto! —Deirdre se incorporó con un tono ofendido que no dejaba lugar a dudas—. Lo que quiero decir es que cuando eres una debutante y estás en el mercado matrimonial hay ciertos temas que son tabú, pero cuando alcanzas cierta edad sin llegar a los brazos del matrimonio, se permiten ciertas... licencias.

Para su sorpresa, le entró curiosidad.

—¿Cómo cuáles?

—Pues están las conversaciones entre las mujeres casadas. Hablan entre ellas de lo que hacen con sus maridos, amantes... Ya sabes. Como ya dan por hecho que jamás me casaré o que he puesto remedio en ese sentido a mi soltería, se muestran más comunicativas y explícitas. Además, se me permiten leer ciertos libros a los que de otra forma no podría acceder.

—¿Estás hablando de libros eróticos? —Para su asombro, Deirdre se ruborizó. Pensaba que era incapaz. No obstante, mejor que no lo hubiera visto. El efecto visual no era el más favorecedor—. ¿Has leído muchos?

—Algunos pocos —afirmó con cierta vaguedad, lo que espoleó aún

más su curiosidad.

—No sé si serán muy fidedignos. —Él, por su parte, nunca los había tomado en consideración. Ni tan siquiera les había echado un rápido vistazo. Ahora le pesaba—, pero creo que nos estamos desviando del propósito de todo esto.

—Oh.

—¿No estarás nerviosa?

—Un poco. —Su sinceridad le arrancó una rápida sonrisa—. Pero tú eres el experto, así que...

—Un momento —temía preguntar—. ¿El experto?

Deirdre le miró como si lo que acababa de decir tuviera todo el sentido del mundo.

—Bueno, deduzco que no es tu primera vez. —Se inclinó para apoyarse sobre un codo mientras la mejilla descansaba en la palma de su mano—. Nunca he oído que la primera noche con la esposa de uno sea la primera de ningún hombre. —Lo miró con interés—. ¿O me equivoco?

—Esto... ejem... no puedo hablar por todo el género masculino en general, aunque tampoco creo que sea el tema más adecuado para hablar contigo; ni ahora ni nunca.

—¿Por qué?

Liam meneó la cabeza con disgusto. Parecía interesada de verdad y él no sabía qué responder que fuera lo bastante seguro para sus oídos. Por otra parte, era muy consciente de que esa charla —apropiada o no— le permitía evitar el temido momento, o al menos alargar lo inevitable.

—Pues... porque eres una mujer. ¡Por eso! —barbotó.

—Ah, por supuesto. —Deirdre asintió como si Liam acabara de confirmarle sus más profundas teorías—. Este es un ejemplo más de que a mujeres y a hombres no se nos mide por el mismo patrón. Nosotras hemos de llegar intactas y puras al matrimonio y vosotros no. Así que, ¿qué hay de malo en hablar de tu experiencia con otras...?

—¡Basta ya! —la cortó—. No quiero seguir hablando de esto. Centrémonos en lo que nos ocupa.

—¿Que es...?

—No te hagas la tonta conmigo —la amonestó con acritud—. ¿Sabes la diferencia entre tener sexo y hacer el amor? —le preguntó a bocajarro. Que él fuera incapaz de sentir pasión o amor por ella, no anulaba el hecho de que ella sí podía sentirlo. No la quería enamorada y suspirando por cada rincón, por lo que debía dejar las cosas claras.

—Básicamente.

—Nosotros no estamos enamorados —aclaró, por si acaso.

Al segundo, la ceja derecha femenina se alzó con burla, como queriendo decir, «¿No? ¿De verdad?».

Liam apretó los dientes y se armó de paciencia.

—Gracias por la aclaración. —Deirdre se reía de él—. Por tus palabras deduzco que vamos a practicar sexo en lugar de amarnos como dos tortolitos. ¿Eso quieres decir?

—Sí, pero en este juego, el amor no tiene que ser un participante expreso. No así la pasión.

La miró para saber si su esposa entendía a dónde quería llegar. Ella se limitó a un escueto asentimiento de cabeza. En otras circunstancias, aun sin amor, Liam se hubiera esmerado en ofrecer a Deirdre una demostración de las maravillas de la pasión. Ahora se sentía incapaz de darle placer. Solo quería disponerla lo justo para pasar el mal trago y poder seguir con su vida.

—Tú explícame qué he de hacer —replicó Deirdre.

—No has de hacer nada. —Esperaba que se tragara su mentira—. Déjame a mí. ¿Me lo permitirás?

—Qué remedio —contestó la muy sufrida—. Ahora soy tu esposa, mi misión es obedecerte.

—No sé porque no creo nada de lo que dices, pero bueno. Túmbate.

Cuando Deirdre lo hizo, Liam apartó las sábanas y miró el camisón de su mujer. La luz de alguna vela dispuesta de forma estratégica

sumado al resplandor del fuego de la chimenea le restaba a la prenda ese blanco cegador que tanto detestaba. Ahora parecía más bien del color del bronce. Incluso con todas sus puntillas y encajes en cuello, escote y puños, lejos de mantenerlo frío, lo subyugaba. La tela parecía marcar en lugar de aligerar. Insinuar en lugar de esconder.

«Malditos camisones nupciales».

Tampoco ayudaba contemplar esos diminutos pies, que sobresalían por el borde de la tela y se movían demostrando nerviosismo.

Se había prometido evitar transmitir cualquier atisbo de repulsión, pero ni por asomo comprendía el desbocado latido de su corazón contra su pecho al contemplar un cuerpo envuelto en un trozo de tela —exquisito, eso sí—, pero tela al fin y al cabo.

Parpadeó para centrarse y estiró la mano para acariciarla por encima de la prenda. Notó un leve estremecimiento en Deirdre, pero no se detuvo. El cuerpo femenino parecía esbelto y firme al tacto. Paseó sus manos por brazos y hombros. Con sus dedos tanteó el escote y la plenitud de sus pechos, para bajar por sus caderas, apretados muslos y esbeltas piernas. Cuando acarició uno de los pies, un sonoro suspiro escapó de su esposa.

Envalentonado y con toda la paciencia del mundo, levantó la suave prenda hasta la cintura, mostrando la uve de su cuerpo que escondía su secreto mejor guardado, uno que él estaba a punto de descubrir. Tragó saliva.

Por un instante lo dominó la imperiosa necesidad de contemplarla en todo su esplendor, por lo que subió el resto de la prenda y se la sacó por arriba. Y allí, mirándola boquiabierto, terminó de evaporarse su tan necesitado dominio. Deirdre tenía un cuerpo perfecto. A simple vista parecía tan simétrico y proporcionado como una escultura de alabastro. Líneas rectas y curvas que se fundían en una piel libre de imperfecciones y que lo llamaba cual canto de sirena. Y su olor... No lo había notado antes, pero al liberarla de la ropa, sus fosas nasales se impregnaban de una esencia imposible de embotellar en un frasquito:

mitad inocencia, mitad deseo. Se moría por saborearla.

Sorprendido por el cauce de sus pensamientos y por su incipiente estado frenético, se alejó un poco de ella. Se mantuvo resuelto a no mirar su rostro para evitar que su inesperado deseo se extinguiera, pero ese cuerpo lo llamaba y lo tentaba, por lo que no pudo evitar volver a acercarse y hundir su labios en esa caliente y aterciopelada piel.

Poco después tanteó el centro de su feminidad. Deirdre ya estaba preparada, pero para su completa estupefacción, él también. Un gemido salió de su boca cuando hundió los dedos en su cálida y acogedora humedad, lo cual le indicó que, lejos de su intención inicial de mantenerse impasible, se había excitado. Para evitar abochornarse ante sí mismo y ante Deirdre y sin más preámbulos, se situó entre sus piernas e intentó penetrarla con toda la delicadeza de la que era capaz para así terminar con ese despropósito.

—Me duele —gimió ella.

—Intenta relajarte; eres muy estrecha y no me facilitas la tarea.

Su aseveración no era del todo cierta. Una parte de su cerebro comprendía que una mayor atención a su cuerpo y a las necesidades femeninas de su mujer habría ayudado al acto en sí, pero el control se había desvanecido al notar cómo ella lo absorbía. Solo quería empujar y llegar a la liberación.

Notó la rotura del himen. Deirdre se tensó y lanzó un pequeño grito de dolor, por lo que se mantuvo todo lo quieto que su propio deseo le permitía, aun en contra de lo que deseaba en realidad.

—¿Estás mejor? ¿El dolor ha menguado? —Notó su asentimiento más que verlo, pero no se permitió distracciones y se dispuso a acelerar el ritmo hasta que ya no aguantó y explotó en ella.

Minutos después se tendía a un lado después de cubrir el cuerpo de Deirdre y el suyo. Tenía la persistente sensación de haber transitado muchas millas corriendo, pero satisfecho. Si eso sucedía cuando se sentía a disgusto con su mujer, no quería ni imaginar lo que sentiría si ella de verdad le agradara.

—¿Estás bien? —preguntó. La voz amodorrada resonó en la habitación.

—Muy bien.

Complacido de haber pasado con éxito ese trance y soñoliento por el deseo satisfecho, no llegó a notar las connotaciones de la afirmación de Deirdre. Al poco rato estaba sumido en un sueño profundo en la cama, con su mujer a su lado.

Una semana más tarde, Liam hablaba de ello con Lorn.

—¿Cómo se te ocurre hacer semejante despropósito? —Su primo se mostraba incrédulo—. ¿Crees que es tan tonta como para no acabar notándolo?

—Bueno... —Liam no esperaba entusiasmo por su parte, pero sí más apoyo moral—. Si no ha tenido relaciones sexuales, no podrá comparar.

—Pero no ha quedado satisfecha ninguna vez.

—¿Y? —Entendía a dónde quería llegar, pero se negaba a considerarlo.

—A eso se le llama egoísmo —sentenció—. Es un comportamiento impropio de ti y no me entra en la cabeza que te comportes así con tu propia esposa, la que algún día será la madre de tus hijos. ¿Qué crees que pensará cuando pase el tiempo y ella no haya llegado a la culminación del placer?

—Pero si no debe saber ni que existe. —Él mismo se oía y no se reconocía, pero mejor actuar así a reconocer que se había estado comportando como un gran imbécil.

—¿Eres lo suficientemente hombre para arriesgarte?

—¿Pero de qué hablas?

—Las mujeres, al igual que los hombres, comentan cosas... —Se vio obligado a seguir al ver la confusión de Liam—. ¿Qué crees que va a decir cuando las otras expliquen lo satisfechas que las dejan sus maridos? Ella no podrá. ¿Quieres que diga que no sabes satisfacer a una mujer; a tú mujer?

—Nadie la creería —balbuceó comprendiendo—. Algunas de ellas podrían decir...

—¿Qué? —le interrumpió—. Nunca subestimes el poder de una

mujer despechada. Cada una cree lo que quiere creer.

—Pero es que no me atrae en absoluto...

—¿Y crees que tú sí? —Lorn le daría de bofetadas por ser tan presuntuoso—. Además, esa frase no es del todo cierta. Es posible que su cara no te agrade, pero soy capaz de intuir todo lo demás.

—¿Y qué es, según tú, todo lo demás? —Pretendió burlarse, pero en su fuero interno sospechaba que Lorn percibía más de lo que él se atrevía a admitir: el deseo creciente e imparable por el cuerpo de su esposa.

Lorn era dos años menor que él y, maldita fuera su estampa, lo miraba con una indiscutible superioridad.

—No quiero avergonzarte porque me parece que ya lo estás, así que no diré nada más. Solo ten esto en cuenta: ¿no crees que a ella le pueda pasar algo similar?

El silencio perplejo de Liam lo decía todo.

—Además, ¿serías capaz de comprometer tu honra por no tratar de hacerlo lo mejor que supieras con tu esposa? ¿Solo por su cara? ¡Y encima no le has dado ni un beso! Hombre, estás loco de remate. Si yo fuera tú reflexionaría sobre ello, porque cuando ella descubra que le has dado gato por liebre pedirá que le sirvan tu miembro en bandeja. —Le dio unas palmadas en la espalda dejándolo pensando.

Quizás había exagerado, pero quería demasiado a Liam para dejar que destruyera su matrimonio poniendo en práctica las sandeces que se le ocurrían. Estaba convencido de que si su primo se daba una oportunidad acabaría disfrutando de la compañía de su esposa y teniendo unas relaciones sexuales plenamente satisfactorias. Deirdre era una mujer encantadora que en solo una semana había conquistado ya a su tía Robina y a Edmé. Hasta su prometida, siempre más comedida y menos dada a abrirse a la gente, la adoraba. Otra mujer en su lugar lo podría llevar muy mal, pero la joven parecía sobrellevarlo con valentía. Era de carácter dulce y siempre que se encontraban la veía esbozar su mejor sonrisa. Esperaba de todo corazón que nunca

descubriera el vergonzoso comportamiento de Liam y que fuera tan ingenua como aparentaba, aunque, llegado el caso, quizás se lo tomara con filosofía e hiciera borrón y cuenta nueva.

Sí. Creía sinceramente que los dos podían tener un magnífico matrimonio. Solo esperaba que ambos se dieran cuenta.

Deirdre cerró la puerta de un portazo. A estas alturas, no le importaba si alguien lo oía. Al menos así se darían cuenta de lo enfadada y estafada que se sentía. Hacía poco tiempo que vivía allí, pero ya comenzaba a odiar el lugar gracias a la ayuda inestimable de su esposo.

Sus días en Glenrow eran tan aburridos que le daban ganas de gritar solo para dar algo de emoción a las monótonas horas. Se levantaba temprano —sola, por supuesto— y se pasaba la mañana ayudando a su suegra en las cosas «que debía conocer una buena esposa». Normalmente compartía la comida con los padres de Liam y con este, pero nunca a solas con su marido. Los días que esa rutina se rompía era por la agradable y siempre bienvenida presencia de alguno de los primos, que compartían mesa con ellos y alegraban la mesa con comentarios y conversaciones alegres. El resto del día lo pasaba en compañía de gente que quería conocerla o deseaba su ayuda y por la noche... —hervía de rabia solo de pensarlo—, dejaba que su esposo gozara de su cuerpo, disfrutando de la bendita satisfacción que ella jamás encontraba.

Nunca se había tenido por una ignorante. Es más, a pesar de no haber probado nunca las excelencias del placer carnal, creía conocer lo suficiente sobre ello para saber que la primera vez no siempre resultaba satisfactoria, sobre todo para la mujer, pero no contaba con que sucediera lo mismo la segunda noche, ni la tercera, ni la cuarta y así sucesivamente hasta el día de hoy.

Cuando se percató que todas las noches se repetía el mismo patrón

—Liam acariciando y besando su cuerpo para después introducirse en ella y encontrar la liberación poco después—, lo achacó a la falta de sentimientos por ambas partes. Dado el caso resultaba comprensible la ausencia de arrumacos y besos. Solo ahora comprendía también que, de haber querido, él podría haberle proporcionado la misma satisfacción de la que él gozaba sin tener que sentir afecto alguno. Se trataba de saber dar, pero Liam se había comportado como un cerdo egoísta y miserable que se abandonaba a sus necesidades y olvidaba las de ella.

A estas alturas se sentía una idiota por dejar sus reticencias a un lado en cuanto entraba en la cama y dejarse mangonear sin ningún tipo de escrúpulo por ese estúpido que tenía por marido. Todavía enrojecía de vergüenza al recordar cómo cada noche, mientras él le prodigaba sus caricias, se relajaba hasta el punto de notar su corazón desbocado, la piel erizada y un cosquilleo inexplicable que descendía del mismo centro de sus ser y que humedecía sus partes más íntimas. Cómo suspiraba y se tensaba, maravillada de sentir un pedazo de él en su interior y cómo se quedaba después, cuando los envites de Liam finalizaban, esperando algo que no alcanzaba a comprender, pero que la dejaba frustrada e insatisfecha.

Y no iba a aguantarlo más, ni con estoicidad ni sin ella. Tampoco iba a permitir que siguiera usando su cuerpo —sí, usando—, y que el susodicho no tuviera la mínima decencia ni de mirarla a los ojos. Mientras se desfogaba, Liam no hacía ningún intento por establecer contacto visual y no había que ser muy lista para averiguar el motivo. Algo que siempre había sabido capear y que no la había hundido en un insondable abismo, ahora la hería en lo más hondo. Preferiría no saberse deseada de ningún modo, a tener que aguantar cada noche lo que sucedía en esa cama. Limitarse a acariciar su cuerpo —que por cierto, no le debía resultar demasiado repulsivo—, y eludir su rostro era denigrante, se mirase por donde se mirase. Si encima obviaba su deseo, se convertía en un acto ignominioso.

Suspiró con profundidad y miró hacia la cama. Si Liam supiera... Incluso con los ojos abiertos podía visualizar cada centímetro del maravilloso cuerpo de su marido. Brazos y piernas fuertes, un estómago que parecía esculpido en piedra, unos glúteos firmes y un... Todavía se ruborizaba al evocarlo. Su noche de bodas fue la primera vez que vio uno en carne y hueso. Había visto lo mismo en dibujos bastante precisos en libros de anatomía que había conseguido sustraer de la casa de Andrew —ser médico tenía sus ventajas—, pero no era lo mismo. Ni mucho menos. Cada noche sentía los mismos deseos encontrados cuando contemplaba el intrigante pene de su esposo. Si este descubriera su apabullante deseo de tocarlo y acariciarlo, estaba segura de que solo escucharía burlas de su parte. Eso también le escocía; saberse tan débil, por lo que trataba de enmascarar con frialdad todo atisbo de emoción.

No, eso iba a terminar. Le dejaría a Liam las cosas muy claras: o todo o nada.

Como se había retirado e informado que no bajaría a cenar con la pobre excusa de una incipiente jaqueca, tuvo tiempo de sobra para pensar con mucho detenimiento qué iba a decirle aun a riesgo de romper el fino lazo que unía su matrimonio. A su parecer, no valía la pena cuidar algo que no se lo merecía.

Cansada, decidió acostarse para sentirse más fresca para la batalla que se avecinaba.

La despertó el ruido de la puerta al abrirse.

—¿Te he despertado? —preguntó Liam en voz baja. Entró mientras ella se incorporaba—. Mi madre me ha dicho que no te encontrabas bien.

—Con un poco de descanso ha desaparecido —mintió con total descaro—. Tenemos que hablar. —Eso sí llamó poderosamente su atención.

—Uh, uh. Eso ha sonado como la primera discusión de casados —aseveró mientras se desvestía.

—Cosa que no sucedería si no te hubieras comportado como un cerdo egoísta.

—¿Perdón?

—No te perdono. —Bajó de la cama y se puso una bata—. No me gusta para nada el papel que juego en este matrimonio y todavía menos la forma abominable en la que me tratas.

—¿Qué...?

—Me refiero a mí, a mi cara —se señaló con violencia—. Sé muy bien el aspecto que tengo. Al fin y al cabo, me veo reflejada todas las mañanas en el espejo. También soy consciente del efecto que te produzco, pero no utilizarás esto para aprovecharte. No más.

—Deirdre, cálmate.

—No quiero calmarme, quiero soluciones. No te has comportado correctamente y yo no me merezco esto.

—Te refieres a...

—Sí, a lo que sucede en esta cama. Pero esto solo es uno de los problemas. Por mucho que nos disguste, el matrimonio es un hecho, y déjame decirte que no soy de las que se quedan a un lado, en segundo plano, esperando ver la vida pasar —aclaró, por si tenía dudas—. Quiero que nos esforcemos en tener una relación cordial y eso pasa por vernos durante el día y hablar. También quiero que me incluyas en tu día a día, dejándome participar.

Detuvo su discurso de golpe, dándose un instante para respirar. Liam aprovechó eso.

—Tienes razón, muchísima razón —pareció avergonzado de admitirlo—. Ante todo, quisiera decirte cuánto lo lamento.

Ella bufó ante su insulsa disculpa.

—Me he aprovechado de ti y me he comportado de forma egoísta. Sé que no es excusa, pero estaba resentido, no solo por haberme visto obligado a este matrimonio forzado, sino también porque conseguieras que te cedieran el control de la dote.

—Ya —se limitó a decir Deirdre. En cierta forma era comprensible

que Liam se sintiera así, lo cual, como él bien decía, no lo disculpaba. En caso contrario, ella estaría llena de ira. La verdad es que ya había olvidado que la dote estaba en su poder.

—No quiero que terminemos como enemigos —admitió nervioso al ver que ella no decía nada más. La miró a los ojos para que viera la sinceridad de sus palabras y se sorprendió, no de descubrir que se había vuelto hermosa de repente (porque no era el caso), pero sí de que ya no sentía ese irrefrenable impulso de apartar la vista—. Sabes que no te quiero...

Si Deirdre se sorprendió por la poca sensibilidad de esa última afirmación, no lo demostró.

—Yo tampoco. ¿Y qué? Eso no impide que podamos ser amigos.

—Amigos —repitió Liam algo perplejo.

—Bueno, si no amigos, sí disfrutar de cierta camaradería.

—Podemos intentarlo —concedió, despacio. No suponía algo tan descabellado. Al fin y al cabo, lo que más deseaba, ahora que el matrimonio era un hecho, no era hervir de rabia cada día, sino vivir con toda la placidez posible—. Aunque, a decir verdad, no estoy muy seguro de cómo hacerlo. O de si hay que poner límites.

—¿Tú quieres ponerlos? Por mi parte creo que no deberíamos establecer ninguno. Lo mejor sería ir tomando lo que el día a día nos depara. Eso sí, poniendo todo nuestro empeño en que sea lo mejor posible.

Liam se sorprendió —de nuevo— de lo juiciosa que podía resultar su mujer, quizás más que él. Quizás era tiempo de darse una oportunidad para conocerse. Dudaba que jamás viviera un amor, fuera del tipo que fuera, pero vivir en estrecha armonía le estaba resultando de lo más tentador.

—En cuanto a... —No sabía muy bien cómo enfocarlo.

—No te preocupes por eso —lo cortó sabedora de a lo que se refería—. Siempre que a partir de ahora seas considerado con mis necesidades, no te negaré el acceso a mi cuerpo. Al fin y al cabo

somos un matrimonio y, como esposa, mi deber es proporcionarte herederos.

—El sarcasmo no te sienta bien. —Pero en su fuero interior respiró aliviado de que no pretendiera erradicar sus encuentros sexuales, aunque su forma de exponerlo le resultó demasiado frío.

—Por supuesto que me sienta bien —replicó ella—. El problema es que no eres capaz de apreciarlo en su totalidad. —Deirdre estaba preparada para una batalla, no para la aceptación que Liam mostraba. No obstante, prefirió dejar más claro lo que quería—. Y en cuanto a hacer el amor... quiero disfrutar de ello. —Tenía la cabeza bien alta, orgullosa.

—Y lo disfrutarás —prometió Liam—. Haré que sea inolvidable para ti.

—No te vanaglories tanto, solo quiero lo mismo que consigues tú.

Y se lo daría. Le daría el placer que le había negado la primera vez y los días sucesivos.

—Podríamos empezar ahora —sugirió. Ya no era momento de echarse atrás.

Si Deirdre no estaba preparada para una capitulación tan rápida, mucho menos para la sugerencia inesperada. Pero ella no era una cobarde. Lo deseaba tanto que no se echaría para atrás.

Ambos se metieron en la cama decididos. Estaban un poco nerviosos.

—De momento, me dedicaré solo a ti. —Liam empezó a acariciarla dispuesto a restituir todo el daño que hubiera podido ocasionarle con su ciego egoísmo. No era una mala persona, pero en su enfado había acabado provocando en ella un mal innecesario —. Tu única preocupación en estos momentos debe ser relajarte y sentir.

Deirdre, por su parte, se permitió confiar. En cierta forma, las caricias eran un fiel reflejo de las veces anteriores, pero algo en el rostro concentrado de Liam le señalaba que, a pesar de las apariencias, esta vez sería distinto.

Y lo fue. Sus manos y su boca tenían un único objetivo: satisfacerla. Deirdre se sentía arder de una forma que no había sentido en las veces anteriores. Ayudaba sentirle murmurar palabras de aliento mientras alababa la aterciopelada textura de su piel, el dulce y fragante aroma que desprendía o el sabor intenso que su lengua lamía.

Cuando su boca pasó caliente rozando su lugar más íntimo, se sobresaltó.

—¡Espera! —exclamó deteniendo el movimiento de su cabeza. Liam se detuvo y la miró detenidamente—. No creo que esto sea muy... decente. —La afirmación le salió algo temblorosa.

—Si piensas eso es porque estoy haciéndolo bien. —La sonrisa maliciosa de Liam le calentó más las entrañas—. No te preocupes, Deirdre; cuando termine, pensarás que has estado en el cielo.

—Eres un tonto presuntuoso.

Él se limitó a sonreír y siguió con la boca la ruta que había trazado antes de que se viera interrumpido. Cuando sus dedos empezaron a explorar su interior y su húmedo interior los envolvió, Deirdre sintió cómo se le escapaba su voluntad. Empezó a retorcerse en busca de un alivio indefinido —aquel que siempre aparecía, pero que nunca se dejaba ver— y empezó a tironear el pelo de él.

—Liam, Liam —gimió. No sabía a ciencia cierta lo que quería. De lo único que estaba segura es que nunca había experimentado nada parecido a ese frenesí que crecía y crecía.

—Ya estás preparada. —Se incorporó a su altura sin dejar que sus dedos abandonaran lo que estaban haciendo—. Déjate llevar, Deirdre. —Introdujo su dedo anular todo lo que pudo e intensificó el ritmo, a la par que con el otro daba ligeros toques en el sensible e hinchado clítoris.

—No sé... —balbuceó—. No puedo... —no pudo continuar, pues algo en su interior pareció explotar mientras se extendía como una marea por cada rincón de su cuerpo.

Poco tiempo después, no sabía exactamente cuándo, pudo abrir los

ojos y girar la cabeza en dirección a su esposo, que en esos momentos, estaba apoyado en su mano mirándola.

—¿Bueno, eh? —Su sonrisa autosuficiente debería de haberla molestado, pero estaba demasiado saciada para decir nada. Por una vez no le había importado que no la besara. El sexo era tan maravilloso que no le extrañaba nada que la gente lo hiciera una y otra vez. Era adictivo.

Bajó la vista y comprobó que Liam seguía excitado.

—¿Y tú?

—Hoy, yo no importo.

—¿Por qué? Es absurdo que te quedes sin satisfacción por un sentimiento de culpa. No quiero que esto sea un acto de redención, sino un momento de completo placer del que podemos disfrutar juntos.

Se miraron a los ojos y Liam se decidió.

—Está bien.

Comprobó que Deirdre estuviera preparada y se colocó encima de ella. Se abrazaron y se dejó tocar por las suaves e inexpertas manos femeninas, hasta que al final, ansioso, no pudo soportarlo más y se introdujo en su interior. Esa vez, los movimientos fueron en sintonía, siendo cosa de dos y, cuando ella alzó las caderas a la vez que apretaba sus glúteos, Liam apretó los dientes al sentirse tan adentro. Solo pudo moverse a un ritmo más frenético y liberarse segundos después de que Deirdre lo hiciera por segunda vez.

Esa noche, como todas las que la sucederían, durmieron agotados, saciados y abrazados.

En las semanas siguientes, Liam se esforzó por hacerla partícipe de su vida diaria y su cotidianidad, lo que complacía a Deirdre.

Cuando su marido se percató de que entendía de números, la llevaba a la biblioteca y le explicaba al detalle lo que hacía. Ella, por su parte, se esforzó por implicarse en la vida de los lugareños, conociendo a aquellos que trabajaban las tierras y a sus familias. Día a día se fueron fraguando los cimientos de una relación llena de camaradería, entrando poco a poco en una agradable rutina durante el día que se volvía maravillosamente placentera por la noche. No era lo que siempre habían esperado tener, pero era más de lo que pensaban que ese matrimonio sería.

Las semanas dieron paso a los meses. Ya faltaba poco para el invierno y todos le decían que era bastante crudo. Deirdre, que en muchos sentidos se sentía contenta, no dejaba de dar vueltas y más vueltas a su poca falta de privacidad. Vivir a todas horas con sus suegros no era lo más adecuado para su intimidad matrimonial. No había hecho nada hasta ese momento por temor a ofenderlos, ya que se habían esforzado muchísimo por hacerla sentir en casa, pero había días en que no podía ni escribir una simple carta en el escritorio de su marido sin que le molestaran las conversaciones de este con su padre en la misma habitación. Además, las charlas entre ella y Liam siempre solían ser interrumpidas por algún familiar o sirviente.

No tenían espacio para ellos solos y empezaba a desearlo con desesperación.

Se abstuvo de bufar de forma audible para evitar llamar la atención. Acababa de leer una de las cartas que su amiga Camile le había enviado, cuyas páginas y páginas solo contenían maravillosas noticias que rebosaban felicidad. Esta había sugerido en varias ocasiones la

posibilidad de viajar hasta Escocia para visitarla, pero, por una razón u otra, siempre se aplazaba. Además, aunque ahora las cosas iban bastante bien, no era la imagen que quería mostrar.

Su suegro dejó de hablar con Liam y se acercó a la chimenea para azuzar el fuego.

—Qué frío hace aquí.

Ese era otro de los problemas. Aunque hiciera frío, el McDougall siempre tenía más que los demás, por lo que algunas estancias del castillo podían llegar a parecer un horno, como el caso del despacho. Había oído a Liam quejarse de eso en más de una ocasión, pero nunca hacía nada por remediarlo.

Esa misma noche, en la intimidad de su cuarto, hacía precisamente eso.

—En esta habitación se está verdaderamente a gusto. —Se quitó las botas—. Ni demasiado frío, ni demasiado calor. —Se acercó a ella—. ¿Todo bien con Camile?

—Ya te lo he contado esta mañana —replicó ella algo quisquillosa. Odiaba tener que repetir las cosas y el mal humor no ayudaba.

—Sí, ya, pero no me lo has explicado todo. —Se estiró encima de la cama, a su lado—. Mi padre ha llegado y nos ha interrump...

—Sí —cortó lo que le estaba diciendo—, como siempre. No paras de quejarte de eso un día sí y otro también, pero no veo que intentes cambiar la situación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó incorporándose a medias.

—Pues eso mismo. Creo que debemos tener nuestro propio espacio.

—Tenemos nuestra habitación —dijo este a modo de respuesta.

—Como si eso fuera suficiente. —De repente pensó si habría estado equivocada y Liam no se sentía como ella—. ¿Acaso te basta eso? —No tuvo ni que responder; tenía escrita en la cara su respuesta—. Deberíamos irnos a vivir a nuestro propio hogar —lo tanteó para ver su reacción. En realidad, ya tenía decidido cuál sería su línea de acción.

—No es posible; no tenemos dinero suficiente para mantener

nuestra propia casa. —Por su tono cáustico era evidente que eso no lo llenaba de orgullo.

—Podríamos vivir de alquiler... —sugirió.

—¿Un McDougall? ¡Jamás!

—El orgullo no es un buen compañero de cama —lo pinchó un poco a pesar de estar de acuerdo con eso.

—¡He dicho que no! —Se levantó de un salto y caminó por la estancia, enfurecido.

—Pues entonces, solo queda una solución...

—¿Reformas? —Evan no gritó demasiado. Liam suponía que no quería asustar demasiado a su nuera a pesar de no gustarle lo que ella le planteaba.

Cuando Deirdre se lo expuso la noche anterior pensó que tenía una esposa brillante, ahora solo faltaba ver si también era tan eficaz a la hora de convencer al McDougall.

—Solo unas pocas —aclaró conciliadora—. El castillo es muy grande y hay toda un ala sin usar.

—¿No te encuentras a gusto viviendo con nosotros? —preguntó Robina algo herida.

—Por supuesto que sí —aseguró tocándole la mano en gesto de consuelo. No tenían por qué saber que se sentía ahogada—, pero somos recién casados, necesitamos nuestro espacio. E intimidad —sentenció. Por sus semblantes sombríos, parecía que hubiera dicho que quería convertirse en pirata y llevarse a su heredero con ella—. Ya saben, tiempo a solas, porque aunque fuimos obligados a casarnos... —No le dejaban más opción que la vía de la culpabilidad.

—Claro, claro —repuso Evan. Por supuesto, no quería sentir que era el culpable de que no pudieran construir un matrimonio feliz—. ¿Eres de la misma opinión? —Su padre se dirigió a él en exclusiva.

—Sí —afirmó con rotundidad. Estaba asombrado por la habilidad que había demostrado su esposa para manipularlos a su antojo. ¿Habría hecho lo mismo con él?—. No es que no queramos estar con vosotros, pero comprenderéis nuestra necesidad de estar solos.

—¿Qué tenéis pensado? —preguntó derrotado.

Liam dejó que Deirdre se explicara.

—Nada demasiado ostentoso, ni complicado, ni caro. He hecho los cálculos y los planos —sacó un fajo de papeles— sobre lo que necesita repararse con urgencia. Por supuesto, todo saldrá de mi dote, pero además dará un ingreso extra al que necesite trabajo. El único problema será que tendría que empezarse lo más pronto posible, para que en cuanto llegue lo más duro del invierno, todo esté terminado.

—¿Habéis hablado con Parlan de esto? —preguntó Robina.

—Vosotros sois los primeros a los que hemos comunicado nuestras intenciones —contestó Liam a su madre.

—¿Parlan? —preguntó Deirdre desconcertada. Era el marido de Edmé y familiar, pero no entendía qué tenía que ver él con todo eso.

—Sí, el padre de Parlan era arquitecto —respondió Evan—. Él no lo es, como ya sabes, pero es indiscutible que lleva la profesión en la sangre. Nadie sabe más que él sobre diseños y remodelaciones, ni siquiera los que han estudiado. Quizás necesitéis su ayuda.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Deirdre—. Me quitas un gran peso de encima.

Ambos fueron a hablar con él. Este, al igual que Edmé, se mostró tan sorprendido como los padres de Liam, pero una vez digerido, ambos estuvieron encantados con la idea y se ofrecieron a ayudar en todo lo que pudieran.

Las obras de remodelación empezaron en cuanto tuvieron los materiales y a los obreros contratados. La mayoría eran los mismos que trabajaban las tierras de la familia o alguno de los hijos, lo cual suponía un ingreso extra para gastar en las navidades y para pasar el invierno con mayor comodidad y holgura.

De la mañana a la noche, la casa de los McDougall se convirtió en un hervidero de personas trabajando. Deirdre se paseaba por allí a todas horas dando ánimos o sugiriendo cambios al marido de Edmé.

Liam, por su parte, solía ayudar en los trabajos físicos en cuanto terminaba sus responsabilidades diarias. En los momentos de descanso, salía de la casa y se apoyaba en un montón de piedras mientras observaba los avances.

En esa ocasión, veía a su esposa asomada a una ventana mientras señalaba a Parlan alguna cosa que requería su atención.

—Parlan está encantado. —Su prima se había acercado hasta donde estaba Liam tan silenciosamente que no la había oído llegar—. Adora a Deirdre.

—Como todos —respondió él con media sonrisa sarcástica.

—¿Te incluyes entre todos ellos? —le preguntó un tanto maliciosa, pero con verdadera curiosidad.

—Puede ser. —Todavía no quería pensar demasiado en ello—. Esa mujer que tengo por esposa ha resultado ser una caja de sorpresas.

—Aunque su apariencia te disguste —concluyó sagaz.

—Ajá.

—El aspecto exterior no es tan importante.

Liam no quería seguir hablando del tema y se mantuvo en silencio. Tenía demasiados sentimientos encontrados respecto a Deirdre y no sabía qué hacer con ellos.

Era cierto que, en cierta forma, la fealdad de rostro ya no era tan importante. Cada día la miraba y ya no sentía repulsión. Estar con ella despertaba una calidez desconocida en él; y no se refería al plano sexual, que cada día era más intenso y satisfactorio, sino a un sentimiento más profundo que lo dejaba desconcertado. Y no era amor, de eso estaba seguro. La apreciaba y le gustaba verla alegre, pero no sentía ninguna de las cosas que debería sentir un enamorado; esa opresión en el pecho, la necesidad de verla a todas horas o el constante deseo de besarla y saborearla.

No, todo era demasiado confuso y no sentía deseos de profundizar en busca de respuestas.

Su prima se despidió, pero él no se movió. Esperaba que Deirdre recordara que era la hora de su paseo habitual.

Habían tomado como costumbre dar un paseo por los alrededores. Al principio se limitaba a explicarle detalles sobre las tierras que iban viendo y sobre las personas que las trabajaban. Algo así como una forma de introducirla en la comunidad. Sin embargo, ahora hacían más que eso. Cada día se detenían en la casa de alguno de ellos y les traían un presente. Mientras, Deirdre hablaba de comida con la esposa, jugaba con los niños o alababa la destreza del marido con los pastos o la labranza.

Liam siempre había tenido relación con todos ellos, pero su mujer había decidido, como en todo lo que hacía, ir un poco más allá e implicarse con más profundidad. A pesar de que en los paseos no estaban mucho rato a solas, no le importaba; disfrutaba de verla involucrarse en los quehaceres de Glenrow.

Se distrajo de sus pensamientos cuando, poco después, el objeto de ellos cruzaba la puerta de su casa y se dirigía hacia él. Se había cubierto con una sencilla capa de terciopelo verde con flecos y un sencillo y diminuto sombrero con un lazo en el mismo color, lo cual suponía uno de los pequeños detalles coquetos de los que Deirdre se negaba a prescindir. Su esposa lucía una radiante y satisfecha sonrisa que hizo brincar su corazón, al cual ignoró.

Caminaron envueltos en un silencio amigable que Liam rompió un poco más tarde.

—¿Eres feliz? —Se atrevió a preguntarle mientras descansaban en unas piedras cerca del camino que ese día habían escogido para su andadura.

—¿A qué viene esa pregunta? —preguntó Deirdre algo extrañada—. Si te sientes culpable por algo...

Ni él mismo lo sabía. Lo único cierto era que deseaba verla feliz. No

sabía por qué era tan importante para él que lo fuera, pero era algo que no podía negar.

—No se trata de eso —alegó—. Al fin y al cabo eres mi esposa, por lo que me disgustaría que no estuvieras satisfecha.

Deirdre no se sintió demasiado halagada, pero no dijo lo que de verdad pensaba.

—¿Lo eres tú? —contraatacó.

—No sé si estoy preparado para responderte. —Elegió ser lo más sincero posible.

—Pues yo estoy en igualdad de condiciones. No digo que sea desgraciada; nada más lejos de la realidad, pero feliz... —Se encogió de hombros y giró la vista, turbada.

La respuesta no era la que Liam pretendía obtener aunque, a decir verdad, no sabía a ciencia cierta qué esperaba que le respondiera.

Quizás esperaba que ella experimentara esos cambios y dudas que lo asaltaban cada vez con más frecuencia y para los que no tenía una explicación clara. O quizá que, en el fondo de su corazón, ella le apreciara, aunque fuera un poco.

El silencio los envolvió de nuevo, pero a ninguno de ellos pareció preocuparles. Algo más tarde regresaron de vuelta a casa con las manos entrelazadas. Ninguno hizo mención alguna al hecho, pero ambos, por alguna extraña razón, lo encontraron plenamente satisfactorio.

Deirdre consideraba que su vida no era tan mala como había llegado a imaginar que sería, pero lidiar con su suegro y marido en algunos asuntos, le resultaba una tarea ardua y agotadora. Liam era más receptivo a los cambios, pero Evan McDougall siempre se quejaba con amargura de cada uno de ellos, aunque nunca en su presencia, claro.

Era de esperar que, cuando les planteara su nueva idea refunfuñaran un poco, y ambos hicieron exactamente eso.

—Me gustaría celebrar una fiesta —soltó a bocajarro mientras comía con su marido y sus suegros.

Estos levantaron las cabezas de golpe, cada uno con distintas expresiones la mar de sorprendidas.

—¿Una fiesta? —repitió Liam como si fuera incapaz de asumir que esas palabras hubieran salido de la boca de su esposa—. ¿No es eso una frivolidad?

—No sé si habrá alguien interesado en ella —aseveró por su parte el McDougall—. Al fin y al cabo, la gente de Glenrow no está acostumbrada a ese tipo de cosas.

Deirdre se abstuvo de decirles que ya se lo había contado tanto a Edmé como Fiona y que estas se habían mostrado encantadas. Incluso Lorn hizo alguna sugerencia respecto a ello. No dudaban que sería un éxito al que todos acudirían. Ella también lo estaba deseando.

—No les hagas caso. —Robina desechó sus comentarios negativos con una mano—. Una fiesta siempre es bienvenida.

—¿Y cómo la pagaremos?

Ah, el siempre pragmático líder de los McDougall ya había sacado a colación el dinero. ¿Sería siempre así?

—¿En qué has estado pensando? —se interesó su suegra, interrumpiendo a su marido. ¡Bendita fuera!

—Me gustaría celebrar una fiesta nocturna que se asemeje a las mejores de Londres. Aun así, no pienso que debamos excedernos en nada y hacer algo muy costoso. De hecho, puede resultar tan barato como todos queramos. Podríamos utilizar para celebrarla el edificio vacío que está a las afueras de Glenrow.

—Le pertenece a Elnoch —dijo Liam como comentario.

Deirdre no sabía si con ello pretendía desalentarla.

—No le importaría —admitió—. Ya se lo he preguntado.

—Y está en buenas condiciones —añadió Robina; quizás para hacerles más agradable la idea—. Además, creo que a la comunidad le vendrá bien un poco de diversión.

—No todo tiene que ser trabajar —acotó ella.

—Algunos tenemos que hacerlo si queremos tener algo de comida en la mesa, pequeña.

Deirdre se molestó. ¿Es que nunca podría hablar del trabajo o el dinero sin que le restregara a la cara las carencias de esas tierras? Prefirió dejar pasar el comentario; no quería enfrentarse a su suegro.

—Además —añadió—, solo será algo de música, comida y diversión. La primera no será un problema y, en lo que respecta a la comida, podemos sugerir que cada uno traiga lo que quiera o pueda aportar.

—¡Es una excelente propuesta! —Robina estaba entusiasmada y aplaudió.

—Si tú lo dices... —Liam se había cruzado de brazos y reclinado en el respaldo de la silla. Parecía un hombre que ya había tomado una decisión.

—¿Qué puede haber de malo en un poco de sana diversión? —replicó Deirdre, picada por su actitud—. Es una inmejorable oportunidad para lucir los mejores vestidos que cada uno tenga y disfrutar de una velada agradable en compañía de vecinos y amigos.

—Quizás no sea tan malo después de todo —reflexionó el McDougall.

—Por supuesto que no, querido —se dirigió a su nuera—. No estamos acostumbrados a los cambios, pero unos pocos resultan refrescantes.

No pudo evitar lucir una sonrisa satisfecha, que todavía conservaba horas más tarde, mientras se daba un relajante baño en su habitación acompañada por el crepitar del fuego en la chimenea. Tanto Liam como su suegro habían claudicado —a regañadientes, eso sí— y eso la ponía de buen humor.

—¿Disfrutando del triunfo? —preguntó Liam cuando entró tiempo después.

—En absoluto. —Se hundió un poco en el agua espumosa. A esas alturas todavía sentía cierta vergüenza de verse completamente desnuda delante de él. Se sentía demasiado expuesta aun cuando su cuerpo carecía de evidentes imperfecciones, algo que su marido no había dejado de mencionar en variadas ocasiones y que le escocía por la simple razón de que excluía su rostro. Ese era un tema espinoso que todavía no sabía cómo encajar en esa aparente buena relación de la que gozaban—. Deleitarme con un buen baño en la paz de mi habitación es un placer por sí mismo.

Charlaron de banalidades mientras el agua se enfriaba.

—¿No vas a salir? —preguntó él divertido desde la cama.

Parecía saber lo mucho que la turbaba hacerlo. Desde luego, Liam no había tenido problemas a la hora de quitarse la ropa y ponerse más cómodo.

—En un instante —respondió Deirdre.

Roja como la grana se levantó cual alta era. A pesar de la escasez de luz vio cómo Liam respondía a la exhibición de su cuerpo mojado y desnudo. Su parte más práctica le recordaba que disfrutase de verse deseada. Se secó despacio, saboreando cada mirada y haciendo crecer el deseo de ambos. Cuando llegó a la cama no perdieron tiempo en sutilezas e hicieron el amor de una forma apasionada y muy gratificante.

Eso mismo recordaba al día siguiente mientras volvía a casa tras haber pasado por el hogar de los Pagan, uno de los arrendatarios que vivía más al este, y ayudar con la colcha que la abuela Glenna estaba tejiendo con sus manos cansadas y ajadas para su nieto más joven. No es que Deirdre fuera muy diestra, pero combinaba el bordado con los consejos que la abuela le daba y así sentía que colaboraba a mejorar las cosas. Era poco lo que podía hacer, pero ¿no decía Sharon que si todos pusiéramos nuestro granito de arena en el mundo, este sería un lugar mucho mejor?

Apenas le faltaban un par de millas para llegar, cuando se encontró con un extraño montado en un caballo.

—Buenos días —la saludó este.

Su voz profunda resonó en sus oídos y se detuvo sorprendida. Si no era el hombre más apuesto que había conocido, poco le faltaba. La buena educación y la curiosidad le hicieron devolver el saludo.

—¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. —Desmontó con gracia—. No me resulta conocida, por lo que deduzco que no es de aquí. Mi nombre es Angus Clifford y vivo más allá de aquella loma —se la quedó mirando como si su nombre hubiera de serle familiar.

—Encantada. Soy Deirdre Doy... —se paró a rectificar—. McDougall.

El señor Clifford puso cara de sorpresa, aunque Deirdre tuvo la vaga sensación de que ya conocía ese dato.

—Entonces deduzco que es la flamante recién esposa de Liam.

—¿Le conoce? —preguntó con ingenuidad.

—Señora, aquí todos sabemos quién es quién —sonrió—. Y ya que la casualidad y el destino han propiciado este encuentro, permítame unirme a su paseo para tratar de conocerla un poco mejor.

Le ofreció su brazo de forma galante y, aunque Deirdre hubiera preferido terminar el corto trayecto sin compañía, no tuvo el valor de desairarle. Probó con una excusa.

—En realidad, no creo que deba molestarse. Mi camino está llegando a su fin y usted parecía ir en dirección contraria.

—Su preocupación la honra —repuso el señor Clifford—, pero no se preocupe. No importa tanto la dirección que uno toma, sino la compañía. —Se puso a su lado.

Durante el trayecto le preguntó acerca de cómo se adaptaba al ritmo de vida de la Escocia rural, cómo se conocieron ella y Liam y otras tantas preguntas más que hicieron que Deirdre llegara a sentirse objeto de un estudio por parte del señor Clifford. En algunos detalles no tuvo inconveniente en responder, pero en aquellos más íntimos y comprometedores mintió con todo descaro. Su instinto le prevenía contra él y su «sana» curiosidad.

—No parece usted el tipo de mujer a la que Liam solía frecuentar —añadió su forzado acompañante de pronto.

Ese comentario casual la hizo tensarse. Si hacía alguna observación sobre su fealdad...

—Me refiero —continuó como si nada—, a que ellas no eran tan agradables, educadas ni inteligentes como usted.

A pesar del evidente cumplido, no pudo relajarse del todo; y él lo notó, por lo que cuando llegaron al cruce que la llevaba a casa, el señor Clifford se apresuró a despedirse con un beso en la mano y una elegante reverencia.

—Espero verla muy pronto —añadió como despedida.

Se subió a lomos del caballo mientras Deirdre seguía su camino. Sin ni siquiera volverse supo, sin lugar a dudas, que el tal Clifford no se había movido del sitio. No era por no haber oído los casos del caballo alejarse, sino por la extraña quemazón que sentía a su espalda, con los ojos del hombre clavados en ella.

Deirdre hizo el firme propósito de olvidarlo y desapareció de su vista.

El día de la fiesta llegó deprisa. Mujeres y hombres esperaban con tanta ilusión el evento, que pusieron todo su empeño en que todo resultara perfecto.

—No puedo creer que haya quedado todo tan bonito. —Fue el comentario de Robina en cuanto entraron en el edificio que, hasta hacía poco, estaba vacío y sin usar.

Edmé y Fiona estuvieron de acuerdo y se apresuraron en dejar en las mesas las viandas que habían hecho especialmente para la ocasión.

Se habían utilizado guirnaldas para decorar paredes y techos. Todo había sido barrido y limpiado, poniendo al fondo mesas en las que cada uno pondría la comida que pensaba traer. Para las bebidas se recurrió a la taberna local, donde el dueño se ofreció a participar con *whisky* y otras bebidas varias. Habían contratado para la música a un grupo de los alrededores que accedió a tocar para ellos a cambio de comida, bebida y cama gratis.

—Creo que nos lo pasaremos muy bien —afirmó Lorn a nadie en particular. Era de todos sabido lo mucho que le gustaban este tipo de eventos.

Liam no dijo nada, pero dado el entusiasmo general, sobre todo el de su mujer, no pensaba decir lo contrario. Incluso su padre parecía más animado que de costumbre. Al parecer, las ideas de Deirdre solían acabar por implicar a toda la comunidad y dejando a todo el mundo satisfecho.

Miró a su esposa y la ayudó a quitarse la capa, lo cual le agradeció con una sonrisa. Esta noche lucía muy elegante pero sin llegar a desentonar. El vestido de seda, de doble capa con líneas que caían paralelas en rojo purpúreo y sobrefalda recogida con flores en el lado izquierdo, parecía una segunda piel. Los guantes, del mismo intenso color que las líneas, hacían destacar los reflejos de su pelo y la palidez de la porción de piel que estaba al descubierto. En otras circunstancias podría haber resultado la más hermosa de la fiesta, pero tal y como eran las cosas resultaba un hecho imposible.

Sin embargo, su esposa poseía otras cualidades que le resultaban muy estimulantes. Su inteligencia, perspicacia y a veces irreverente sentido del humor habían conseguido que desarrollara un inesperado y grato afecto por Deirdre. Lo contrario habría resultado inhumano, pero no pasaba de un simple cariño entre dos adultos. Eso sí, en la cama ardía por ella. El sexo con ella había resultado toda una revelación. Su esposa daba tanto como recibía, le gustaba probar cosas nuevas y le encantaba tomar la iniciativa. Podía asegurar que jamás había disfrutado tanto con alguien; ni dentro ni fuera de la cama.

—¿Ocurre algo, Liam? —le preguntó el objeto de sus pensamientos.

—Solo pensaba que todo está muy bien. —Eso también era cierto.

—¿De verdad? —Se veía más que feliz, resplandeciente—. Espero que vengan todos. Vamos a bailar como locos.

—¿Acaso dudas que acudan? Te adoran —sentenció—. Y en cuanto al baile... espero que me reserves el primero.

—Por... por supuesto —balbuceó sorprendida; pero al instante recuperó su sonrisa, que se hizo todavía más amplia.

Liam no había olvidado el comentario de su cuñada Casandra en la fiesta posterior a su boda. En esa ocasión, lleno como estaba de orgullo herido y rencor, no hizo caso, pero esta noche enmendaría su error. Tenía intención de bailar con ella hasta que ninguno de los dos notara los pies, así al menos le devolvería parte de la alegría y frescura que ella había traído a su hogar.

A las pocas horas se había contagiado del espíritu festivo de todas las personas que se encontraban apiñadas en el sitio. Nadie había faltado a la cita y todos reían, charlaban, bebían y bailaban como si no tuvieran otra preocupación en el mundo salvo lo que estaban haciendo. Los niños entraban y salían jugando y corriendo mientras padres, hermanas o demás parientes aprovechaban la ocasión para recordar lo que los había unido antaño o buscar un pretendiente.

En varias ocasiones divisó a su primo con su prometida mientras reían y bailaban al ritmo de alguna danza local. Se les veía muy unidos

y enamorados. Incluso sus padres parecían pasárselo en grande en compañía de amigos y los mellizos, hijos de su prima y Parlan, que hacía ya un buen rato que habían desaparecido, seguro que con intención de disfrutar de unos besos robados y quizás algo más.

—Todo esto es obra tuya —le dijo a su esposa en algún momento de la noche mientras bailaban—. Es todo un éxito.

Había disfrutado de su compañía y no se había separado de ella más que para ir y traerle bebida y comida. Su entusiasmo era contagioso y se había dejado llevar. No se había preparado para lo que sintió: felicidad, orgullo de que fuera su esposa y algo más... Algo a lo que no se atrevía a ponerle nombre.

—Eso parece —respondió ella sin falsa modestia—. Es tal y como me imaginé. —Y además, volaba en una nube. Liam no la había dejado sola en toda la noche y había bailado con ella cada pieza. Parecía estar contento de estar donde estaba y eso le provocaba una curiosa y placentera sensación de plenitud. Hacía días que notaba unos sentimientos nuevos que florecían en ella sin poder evitarlo. En otras circunstancias los hubiera aplastado con fuerza, pero presentía por la actitud de su marido que este podía acabar sintiendo lo mismo. Empezaba a desearlo con fervor.

—Creo —le dijo su esposo en la oreja mientras bailaban una danza más tranquila— que es hora de que nos retiremos.

—¿Tan pronto? —preguntó desilusionada—. Pero si no son ni las cuatro.

Esa respuesta arrancó en él una carcajada.

—Lo que te tengo reservado te gustará más, créeme.

Era evidente a qué se refería y una excitación muy diferente recorrió su cuerpo.

Después de eso prefirieron despedirse de pocas personas, pues eso hubiera eternizado el momento de partir.

Poco tiempo después ya habían llegado a su casa y corrían escaleras arriba cogidos de la mano.

Deirdre registró el momento exacto en el que cerraron la puerta de sus dominios. Ya en su habitación, Liam apenas le dio tiempo a nada pues se lanzó a su boca en un acto desesperado.

Se quedó unos instantes estupefacta, sin saber cómo responder. Nunca la había besado, pero era la sensación más asombrosa que jamás hubiera podido tener. Ese gesto significaba algo; tenía que significarlo, por lo que olvidó toda precaución y se entregó a él con cada resquicio de su ser.

Con un renovado entusiasmo abrió los labios para que Liam pudiera tener un mejor acceso. Cuando sus lenguas se enredaron en un baile sinuoso y abrasador, se aferró a sus hombros y lanzó un gemido de puro placer.

Se dejó besar por todas partes correspondiéndole de la misma forma y en su frenesí por sentirse tiraron y arrancaron partes del vestuario.

La primera vez fue ardiente y rápida, pero las posteriores, más tiernas y pausadas, hicieron mella en su desconfiado y resguardado corazón.

Se durmió con una esperanzada sonrisa.

No fue hasta la mañana siguiente, cuando despertó y se encontró sin Liam a su lado, pero acompañada por una flor en su almohada, que dejó que la verdad saliera a la superficie y la inundara con fuerza. Estaba enamorada de su marido.

Cuando bajó de sus aposentos, las sendas expresiones satisfechas que lucían sus suegros la llenaron de vergüenza, aunque no tenía por qué. La repentina partida de ambos la noche anterior y la expresión embelesada que sabía que lucía, debían de indicarles todo. No comentaron nada. Se limitaron a alabar la fiesta agradeciéndole haber pensado en celebrarla.

—Has sido como una bendición —admitió Robina algo después—. A este paso el McDougall dejará muy pronto de ser tan huraño y contrario a los cambios. En cuanto a lo demás... todo vendrá por sí solo.

Como no tenía cabeza para nada más que hacerse ilusiones y fantasear con una vida que no creía llegar a tener nunca, decidió dar un paseo; porque hacía un sol espléndido y porque ese día radiante era una exacta expresión de sus sentimientos.

Cuando consideró que ya era hora de regresar, su humor no había hecho otra cosa que mejorar. Esperaba con ansias el encuentro con Liam y deseaba ver en él parte de lo que ella misma sentía.

El ruido de los cascos de un caballo que se aproximaban a su espalda la hizo detenerse a un lado del camino. Cuando se dio la vuelta vio que se trataba de Angus Clifford. Había olvidado por completo su primer y único encuentro.

—Señor Clifford —saludó con cortesía pero se dispuso a reemprender la marcha.

Al parecer, sus intenciones no habían sido todo lo claras que

pretendía, porque este desmontó y caminó a su lado.

—Acabo de enterarme que anoche se celebró una fiesta en Glenrow a la que no fui invitado.

Deirdre ni se había percatado de ello.

—No se lo tome como algo personal —declaró—. No se repartieron invitaciones. Todo fue muy informal. Lamento de veras que no recibiera la noticia.

—No importa —replicó—. Lo que más lamento es haber perdido una oportunidad de bailar con usted.

Deirdre lo miró con cara de incompreensión.

—¿Por qué querría hacer eso? Ni siquiera nos conocemos.

—Espero que eso cambie muy pronto.

El comentario resultaba demasiado personal; al igual que su sonrisa y el brillo de sus ojos.

—No sé si le entiendo.

—Me resulta usted... fascinante, por decirlo de alguna manera.

Se acercó tanto a ella que pudo ver el color del iris de sus ojos con total claridad.

—¿Fascinante? —repitió azorada y sin saber cómo apartarlo. De repente se sentía muy incómoda.

—Exacto. Esperaba que, con el tiempo, pudiéramos llegar a ser... más que amigos.

Deirdre sintió su aliento acariciar su mejilla a la vez que este acariciaba con total descaro su brazo. Sintió un escalofrío de horror recorrer su espina dorsal. ¡Ese hombre pretendía que fueran amantes!

—¡Clifford! —El grito de Liam interrumpió el bochornoso espectáculo. Venía caminando en dirección opuesta con los puños apretados. Su cara estaba roja de furia.

Ambos saltaron como si se hubieran quemado y se separaron con rapidez. Deirdre tenía claro qué impresión habían dado. No sabía cómo explicar las deshonestas insinuaciones del señor Clifford sin parecer

culpable.

—McDougall... —Angus tanteaba el terreno con voz incierta.

—No te acerques a mi mujer o te despedazaré.

Se hubiera sentido halagada por la amenaza si no percibiera que la furia también iba dirigida a ella.

—Y tú, ¿qué impresión crees que das coqueteando con cualquier hombre que se te ponga por delante? —La alejó más de Clifford dando un tirón que le hizo daño—. Nunca más te acerques a ese hombre; si no, te dará exactamente lo que te ofrece.

Aunque la esperaba, la acusación le sentó como una puñalada en el pecho. El sentimiento se agravaba porque también lo hacía en presencia de ese otro.

—Vamos, vamos, viejo amigo —intervino Clifford con voz falsamente conciliadora y socarrona—. No hace falta que te pongas así. Tu mujercita y yo solo nos estábamos conociendo.

—¡Oiga...! —La implicación de sus palabras estaban muy claras, dejando pocas dudas para que Liam pensase lo peor.

—¡Cállate! —le espetó su marido, interrumpiéndola—. Será mejor que me dejes resolver esto a mí. Vuelve a casa.

—Pero...

—¡Deirdre, por el amor de Dios!

No quería hacerlo y más sabiendo que pensaba tan mal de ella. No le había dado motivos para que dudase de su honor y eso la enfurecía, pero tal y como estaban las cosas, se limitó a obedecer. Solo cuando estuvo fuera del alcance de su vista se internó en el bosque que bordeaba el camino. Su intención era esconderse y volver para escuchar. No sabía el motivo, pero una fuerza ajena a ella la empujaba.

—¿A qué estás jugando, Clifford? —Se había sentido fuera de sí cuando había visto la escena entre Deirdre y ese malnacido. Solo por tocarla como lo había visto hacer, se merecía que le rompiera las piernas.

—No estoy jugando a nada. Me ofende que lo insinúes siquiera.

—No mientas. Nos conocemos demasiado para que finjas ser un cordero cuando ambos sabemos que eres peor que los lobos. Además, tú nunca mostrarías interés alguno en mi mujer si no fuera quien es.

—Me parece una mujer muy interesante. —Angus percibió un ligero movimiento entre los árboles de más adelante. Se apostaba una jarra de cerveza a que esa fea mentecata que Liam tenía por esposa estaba escondida detrás. Si no podía seguir con su antigua estrategia, podía utilizar esa inesperada curiosidad femenina en su beneficio y de paso hacer lo que tenía en mente de un principio: hacer daño a Liam.

En realidad, tan pronto como supo que Liam se había casado pidió referencias sobre ella. Solo la había visto una vez en Glenrow. No se habría sorprendido más si se hubiera casado con una oveja. Lo tenía asombrado que hubiera elegido precisamente a esa; y además, inglesa. Sin embargo, lejos de desanimarse había elaborado un sencillo plan convencido de su fiabilidad. Solo tenía que engatusarla lo suficiente como para que se creyera enamorada de él y poder seducirla. Devolverla a Liam deshonrada sería la mejor jugada que podría haber deseado, pero el inesperado encuentro había dado al traste con sus intenciones.

—Lo que quieres es utilizarla como medio para vengarte de mí —replicó—. Al final no te habrías acostado con ella. No va con tu estilo.

—¿Qué quieres decir? —Aunque se sentía sorprendido porque Liam hubiese comprendido con tanta rapidez cuál era su intención original.

—Lo que es evidente. Al final solo serías capaz de ver lo que todos ven. Solo el hecho de besarla te supondría un suplicio.

—¿Es lo mismo que te sucede a ti? —preguntó malicioso—, porque ya ves, yo hubiera jurado lo mismo de ti. —Cogió con fuerzas las riendas ante la repentina impaciencia del caballo—. ¿O acaso te gusta? —No le dejó responder—. No, claro que no. Siempre te han atraído las mujeres hermosas y esa mujercita que tienes por esposa es fea como el pecado.

—Sí, lo es —confirmó.

—Me gusta cuando estamos de acuerdo en algo.

La amplia sonrisa de satisfacción que Clifford lucía lo llenó de inquietud.

—No hago sino confirmar lo obvio. También podría explicarte que no solo es un rostro incómodo de mirar, pero alguien como tú no lo entendería.

—¿Qué hay que entender? —preguntó frunciendo el ceño.

—A eso me refería. Lo que importa es que Deirdre es la mujer con quien me casé, por lo que, de ahora en adelante, te abstendrás de acercarte a menos de una milla de distancia...

—¿Una milla? —le interrumpió con una carcajada por lo exagerado de la orden.

—...en caso contrario, te buscaré y te arrancaré las entrañas de un tirón.

—¡Bah! Qué importancia tiene una fea más en este mundo. —No iba a seguir insistiendo. El daño que quería ya estaba hecho—. Tu mujer no vale la pena. Al menos espero que sepa calentarte la cama, porque para lo demás...

No llegó a terminar la frase. Liam ya había reaccionado lanzado su rechazo en toda la mandíbula de aquel tipejo.

—Siempre me has parecido carroña. Te lo repito, déjala en paz o atente a las consecuencias. —Temía hacer más que pegarle y tuvo que apelar a todas sus fuerzas para no hacerlo.

Con el golpe, Angus había soltado las bridas de su caballo, que escapó al galope.

—¡Maldita sea! —exclamó con furia—. Era mi mejor animal. —Lo miró con odio y soltó el mazazo final—. Regodéate cuanto quieras, pero yo de ti no me quedaría por aquí pavoneándome, pues tu adorada esposa ha estado escuchando. Es posible que ahora mismo esté haciendo el equipaje. —Su risa era puro veneno.

A Liam se le heló la sangre. ¿Escuchando? ¿Qué había dicho exactamente? Había hablado sin pensar movido por la rabia, pero no lo

pensaba en serio. Lo que menos imaginaba era que Deirdre lo oiría. Ignoró a su enemigo y corrió como alma que lleva el diablo.

Deirdre llegó a casa rota por dentro y hecha un mar de lágrimas. No había sido capaz de seguir escuchando cuando Liam había afirmado que ella era fea con el mismo frío desapasionamiento que utilizaría para hablar del tiempo. Pensaba que él había sabido ver más allá de las apariencias y que empezaba a quererla, pero se había equivocado. El dolor pesaba tanto que no entendía cómo conseguía sostenerse en pie.

—Querida, ha llegado una carta para ti. —La voz de su suegra se filtró a través de su dolor mientras subía las escaleras. No quería que la viera así, pero esta ya le había dado alcance—. Viene de Londres y... —Se detuvo al verla en ese estado—. Niña, ¿qué te ocurre?

—Nada, Robina, yo..., necesito... —Cogió la carta de sus manos—. Tengo que irme. —Subió las escaleras tan rápido como el vestido se lo permitió y se encerró en su refugio. A lo lejos, amortiguada por las puertas, oía a su suegra llamándola preocupadísima, pero no le importó.

Su amor no tenía esperanza de ser correspondido; ni ahora, ni nunca. Y eso la destrozaba. Lo peor de todo era la creencia que había sentido esa mañana y que había estado a punto de hacer que le declarara su amor a Liam. Menuda humillación.

¿Qué le habría respondido él? Ni siquiera conseguía imaginarlo. ¿Se reiría de sus patéticos sentimientos o lograría permanecer inmutable sin dejarse llevar por la hilaridad? La fea de su esposa enamorada...

Leyó la carta que Robina le había entregado a través del velo de lágrimas que no cesaba de mojar sus mejillas. Arropada por la nostalgia y la necesidad de estar con los suyos tomó una decisión que no quería pararse a meditar.

Así la encontró Liam poco después. Su semblante evidenciaba el sufrimiento anterior, pero solo por dentro parecía un río fluyendo hacia

tierras desconocidas.

—Deirdre... —la llamó este no bien entró. Si había corrido preocupado, más lo había hecho cuando su madre le explicó el estado en el que su mujer había llegado. Cuando vio los baúles abiertos se detuvo en el acto—. ¿Qué haces?

—Me marchó. —Su voz era suave, aunque no firme.

—¿A dónde?

—A un lugar donde me quieran y me respeten. —Metió y dobló de cualquier manera camiones al azar.

—Deirdre, yo...

—¿Qué? ¿Tú, qué? —exclamó con furia repentina—. Para ya de mentir. No soy tonta. Estoy harta de tus ofensas y desprecios. Este es el último que te permito. ¿Cómo pudiste pensar que yo te haría algo así? Nunca, ¿me entiendes? N-U-N-C-A —deletreó rabiosa— te traicionaría con otro hombre y jamás te he dado motivo para que pienses lo contrario. Pero no solo eso, sino que además tenías que humillarme un poco más acusándome delante de ese... —Fue incapaz de seguir.

—Lo siento. —Intentó acercarse, pero Deirdre le rechazó alejándose—. Angus Clifford ha sido mi enemigo desde que tengo uso de razón. Cuando os vi en el camino...

—¡Detente! No quiero oír explicaciones absurdas. Créeme, me hago una ligera idea de lo que sentiste.

—¿Volverás? —preguntó Liam desesperado. La situación se le escapaba de las manos. No sabía qué decir o hacer para llegar a ella.

—¿Para qué? —Le miró con seriedad, pero sus ojos reflejaban lo traicionada que se sentía.

El dolor se reflejaba en cada uno de los gestos de su mujer y Liam lo estaba sintiendo como si él mismo hubiera sido el ultrajado.

—Estamos casados —barbotó incapaz de pensar en otra cosa que Deirdre abandonándole.

—No me lo recuerdes. Pero, ¿de qué te sirve una fea como yo?

Excepto para acostarte conmigo, por supuesto. Solo que los demás no querían hacer ni eso. Quizás si me cubro la cabeza con una sábana... O tal vez ni de ese modo, ¿verdad, Liam?

—Ya sé que has escuchado parte de la conversación, pero no toda. No lo decía con la intención de ofenderte. Solo pretendía que Angus te dejara en paz.

—Eres idiota. —Cerró un baúl—, pero lo eres tanto que ni te das cuenta de que lo eres de verdad. He recibido carta de mi hermano Andrew —dijo para cambiar de tema—. Mi sobrina está teniendo unas preocupantes fiebres y yo ni siquiera lo he conocido. Creo que este es el momento justo para que pongamos distancia entre los dos.

—¿A qué te refieres por distancia?

—Tiempo para reflexionar. No sé si volveré. —Detuvo con la mano el próximo comentario de su marido. Incluso pensar en lo que significaba la palabra, le dolía—. Si no lo hago, sé que esta vez contaré con todo el apoyo de mi familia, incluido mi padre —matizó por si quedaba alguna duda—. Si decido regresar, no sé cuándo será eso.

—Deirdre, sé que estás enfadada y decepcionada, pero las cosas no se solucionan huyendo.

—Me parece que no lo entiendes, Liam. Quedándome acabaría por perder la parte de mí misma que me define. Incluso podría llegar a odiarte. No huyo, simplemente soy incapaz de permanecer un segundo más a tu lado.

El tiempo se hizo eterno. Todo en el hogar de los McDougall se ralentizó, como si la partida de Deirdre los dejara sumidos en una hibernación.

El ala destinada a ser el hogar de la joven generación ya estaba terminada, pero permanecía muda. No parecía haber nadie capaz de apreciar las paredes nuevas, la posible habitación de los niños, el modesto y confortable comedor, el pequeño despacho con una abastecida biblioteca o la amplia habitación del matrimonio. Sin embargo, aunque pasear por la silenciosa ala no le traía la paz que buscaba, Liam se negaba a echar a perder algo que había sido creado con tanto esfuerzo y cariño, por lo que las sirvientas tenían la orden de barrer, quitar el polvo o limpiar los cristales.

Por su parte, seguía utilizando la habitación en la que tanto Deirdre como él habían pasado tan buenos momentos... Pero también los peores.

Su eterna penitencia era recordar su última conversación entre esas cuatro paredes y reproducirla una y otra vez intentando deducir dónde había estado su fallo. Tampoco había dejado de lado la labor que su esposa había comenzado con las personas que componían su tan preciada comunidad. Ellos eran su rutina, los que, en cierta forma, lo mantenían unido a Deirdre.

Si antes de la llegada de su mujer a su vida alguien le hubiera dicho cómo se sentiría sin ella, lo hubiera tachado de loco. No podía evitarlo. La veía en cada rincón, charlando con entusiasmo, concibiendo nuevas formas de facilitar la vida o creando momentos irrepetibles. Debatiendo con su madre, Fiona o Edmé; sentada en el despacho leyendo un libro mientras le iba contando cada detalle; bañándose a la luz de las velas o simplemente entregándose a él en la cama. La echaba

tanto de menos que en ocasiones sentía un sordo dolor el pecho.

En otras circunstancias lo habría achacado a que, por fin, se había acostumbrado a la constante presencia de su esposa, y en cierta forma era así, aunque sin serlo del todo. Sus sentimientos por ella se habían expandido cauta y silenciosamente hacia ese corazón suyo, tan estúpido y ciego, hasta convertirlo en más que un músculo, en más que un órgano. Ahora, y sin saber muy bien cómo había sucedido, se sentía en condiciones de aceptar que se hallaba irremediamente enamorado de Deirdre, pero también muy solo.

Desde el principio había actuado como un patán, equivocándose a cada paso. Ella había acertado al llamarlo idiota, pero era más que eso, y no se la merecía.

La fachada que una vez había enjuiciado fea, le parecía ahora un rostro único. También comprendía que ella, al igual que el resto, era más que una simple apariencia. Si uno no se permitía conocer al verdadero yo de las personas estaba condenado a la soledad. Y él no quería eso.

Lo más patético del asunto era que, mientras él se moría de amor por Deirdre y ya la valoraba en su justa medida, ella quizás se limitaba a albergar un afecto amigable en su corazón. No obstante, teniendo en cuenta que no se había portado como un verdadero marido, eso sería desear mucho y, debido a la forma en la que se separaron, era más que probable que ni eso conservara.

No le quedaban muchas opciones, pero se había impuesto un plazo. Dejaría pasar un poco más de tiempo y permanecería en Glenrow trabajando y rezando para que ella no juzgara mejor no regresar a casa. De lo contrario, viajaría a Inglaterra y se esforzaría por convencerla de que había cambiado y que la amaba, no a pesar de su apariencia, sino debido a ella. Esperaba tener la oportunidad de reparar el daño que había causado, así que se limitó a esperar.

Deirdre saludaba a todos los que encontraba en su camino de regreso a casa. Recorría por segunda vez el trayecto que la llevaba a la incertidumbre, aunque esta vez el paisaje lucía un inmutable vestido blanco. De nuevo no se sentía preparada, pero en esta ocasión los sentimientos que albergaba eran de una naturaleza completamente distinta. Ahora, la ira, pena y decepción, se mezclaban con el anhelo y el amor. Y todo debido a la misma persona: su marido.

En el tiempo que se había ausentado había añorado muchísimo a Liam, entre otras cosas mucho menos bonitas. Al menos, su estancia en Londres había resultado muy productiva. El precioso bebé de su hermano y Darleen había pasado lo peor y se recuperaba bien

En cuanto a su queridísima Camile, habría deseado quedarse más tiempo para el nacimiento de su primogénito o primogénita, ya que el final del embarazo estaba llegando a su fin, pero esta situación que vivía no podía dilatarse más. Ella misma le había recomendado que volviera cuanto antes a Escocia para solucionar las cosas con Liam. Le había deseado mucha suerte, instándola también a volver pronto con su marido para conocer a su retoño.

Contra todo pronóstico, quien más la ayudó a reflexionar sobre todo el asunto había sido su padre. Se mostró comprensivo en todo momento y siempre estuvo a su lado cada vez que necesitó desahogarse.

—¿Serías capaz de perdonarle? —le había preguntado en una ocasión.

Para su eterna vergüenza, la respuesta era afirmativa. Le quería tanto que era capaz de perdonarlo. Eso sí, siempre y cuando su marido hiciera cambios.

—Pero, ¿y si nunca llega a amarte como tú deseas? —Esa cuestión que había planteado su progenitor le había dado mucho sobre lo que reflexionar.

Al final había llegado a la conclusión de que debía volver y hablar con él. Desde lejos no se podían solucionar ese tipo de cosas. Por su

parte, no estaba dispuesta a vivir con un hombre con semejante comportamiento por mucho que lo amara. Aun así, si el cambio en él era posible, aceptaría que sus sentimientos no fueran correspondidos. Sabía que, a la larga, podía acabar despertando en Liam algo parecido al cariño.

Fue duro despedirse de todos otra vez, sobre todo porque dejaba gente feliz y enamorada. En cierto sentido comprendía que la envidia era normal, pero se sentía mal por ello.

—No te preocupes por eso —la consoló su padre cuando se lo confesó poco antes de partir hacia Escocia—, son sentimientos naturales. Tú sigue como hasta ahora y tu corazón tendrá su recompensa.

—Esto no es como en los libros, papá —replicó ella—. Los finales felices no siempre son posibles.

Él le dio unas cariñosas palmadas y sonrió con nostalgia.

—Al menos tendrás la certeza de que lo has intentado. Si la situación se volviese demasiado insostenible hablaríamos sobre un matrimonio solo de nombre.

Cuando, ya en su casa, bajó del carruaje y aparecieron sus suegros, ambos lucían expresiones alegres, compungidas y aliviadas al mismo tiempo. La abrazaron con efusividad.

—Podéis arreglarlo —dijo Evan en forma torpe antes de soltarla. No estaba en su naturaleza intervenir—. Dale una oportunidad.

Deirdre se limitó a cabecear. No estaba segura de lo que iba a pasar.

Cuando puso los pies en el ala de la casa que componía su hogar, su seguridad menguó. Era muy fácil decirse qué hacer estando lejos, pero ahora flaqueaba.

Para darse un poco de tiempo, se limitó a admirar el resultado final de lo que tanto les había ilusionado a Liam y ella. Había quedado todo tan bonito...

Imaginaba que su marido estaría en el despacho enterrado entre papeles, por lo que prefirió pasar por su habitación y dejar la capa, el

sombrero y los guantes. Al entrar, se sorprendió de la oscuridad que reinaba. Se acercó a los ventanales para apartar los tapices y permitir que la luz inundara el lugar, pero al girarse se quedó paralizada cuando divisó a Liam tendido encima de la cama.

Dio la vuelta a la cama en silencio. Era evidente que dormía, aunque fuera mediodía y lo hiciera con la ropa puesta. Tampoco tenía un aspecto demasiado agradable a la vista, sobre todo con esa barba y esas ojeras que nunca había visto en él.

Al parecer, había otra persona que había estado sufriendo; una lástima que no se sintiera demasiado conmovida por eso.

—Liam, despierta. —Este murmuró algo en sueños, pero sin abrir los ojos—. Liam. —Zarandéo la cama tan fuerte que su marido los abrió... para volver a cerrarlos. Con poca paciencia, pues no era el recibimiento que esperaba, subió a la gran cama y, con la ayuda de las mantas, le dio varias vueltas hasta que lo echó al suelo.

—¡Auchhhh! —Liam gimió de dolor y se despertó desorientado. Entrecerró los ojos cuando el sol le dio de lleno en ellos e intentó ponerse de pie. Cuando lo consiguió guiñó un ojo al percibir una figura conocida que descendía por el otro lado de la cama. Abrió los ojos como platos—. ¿Deirdre? ¿Deirdre?

—La misma.

No tuvo tiempo de añadir más, ya que Liam saltó con una agilidad y rapidez asombrosa por encima de la revuelta cama para pararse delante, estrecharla por la cintura y con la otra mano sostenerle el rostro, incrédulo.

—Estás aquí.

No esperaba respuesta ni se dio tiempo a que Deirdre lo hiciera. Exultante, la besó. Un beso profundo que quería expresar todo el anhelo y la desesperación que le habían acompañado durante su ausencia. Ni tan siquiera percibió la entusiasta respuesta de Deirdre a su beso. Solo quería sentirla; saber que podía olerla, tocarla de nuevo.

Con una rapidez inusitada, la arrastró junto a él encima del colchón.

Apartó la boca de sus labios para ir dejando una estela de besos por los pómulos, la nariz y la frente mostrándole así su devoción.

—Has vuelto, has vuelto. —Su voz sonaba amortiguada mientras hablaba sin dejar de besarla.

Deirdre tenía que reconocer que esta otra bienvenida tampoco se la esperaba. Cogida por sorpresa, se limitó a disfrutar del momento en espera de que su marido recobrarra el juicio; o al menos la sensatez.

—Pensaba que habías decidido abandonarme de forma definitiva —dijo al cabo de unos minutos. Levantó la cabeza y la miró con intensidad—. Has estado tanto tiempo fuera que estaba esperando una carta comunicándome tu decisión.

—Apenas ha sido más de un mes —se excusó. Se le notaba herido, pero ella lo estaba más. Se incorporó, pero permaneció sentada a su lado.

—A mí me ha parecido mucho más —confesó Liam—. Ya había decidido viajar a Inglaterra para convencerte de volver.

—¿Por qué? Para ti habría sido mejor que...

—Porque te amo —soltó la declaración de improviso. No tenía sentido esconderlo por más tiempo.

—¿Q-qué? —¿Había oído mal? ¿Estaba jugando con ella? A lo mejor todavía estaba en el carruaje mientras soñaba esa imposible declaración—. Liam, no...

—Espera, Deirdre, no digas nada —le suplicó si dejarla terminar de hablar—. Permíteme convencerte de que nuestro matrimonio podría funcionar y de que yo nunca volveré a humillarte ni de palabra ni de pensamiento. —Se levantó de la cama y paseó por la habitación con nerviosismo. De repente sentía las palmas húmedas. No era sencillo mostrarse tan vulnerable, pero no veía otra forma de que Deirdre volviera a depositar su cariño si no lo hacía—. Tenías razón, era una idiota, pero he aprendido de mis errores, te lo aseguro. Todo el daño que te hice se ha vuelto en mi contra. Te he echado tanto de menos...

«Parece tan perdido». Deirdre sentía que la objetividad la

abandonaba, sobre todo cuando Liam le estaba diciendo todo lo que su corazón deseaba oír.

—Oh, Liam.

—Te compensaré, lo juro. —Volvió a sentarse a su lado y le sujetó la cara con las manos—. Seré lo que tú esperas y me esforzaré cada día por darte lo que mereces. En un principio tuve miedo de besarte porque pensaba que no eras lo que quería —confesó avergonzado—. Entonces te besé y tuve miedo de quererte... —Carraspeó con emoción—. Pero eso ya es pasado. Te quiero... tanto, que me aterra perderte. Si no lo sientes con la misma intensidad no importa. Bueno, sí, pero puedo vivir con eso. Solo necesito que me concedas una oportunidad para lograr enamorarte. ¡Tengo que ser capaz de hacerlo!

—No te esfuerces demasiado. —Deirdre se sentía emocionada—. No sé si podría soportar quererte más. Temo que me explotaría el corazón.

Liam se detuvo, conmocionado.

—Eso significa...

—Que ya estaba enamorada de ti antes de marcharme —confesó—. Y que ese sentimiento no ha desaparecido.

—¡Dios! Tanto dolor; tanto sufrimiento que debí causarte. —Juntó la frente con la de ella.

—Así es, pero no importa, ahora ya no. —Deirdre no quería torturarse más.

—Sí importa, pero haré que lo olvides. Llegará un día en que mi amor habrá borrado todo el dolor que sufriste y no recordarás otra cosa que la felicidad que te proporciono.

—Presuntuoso —declaró con media sonrisa.

—Quizás. O solo seguro de mi capacidad para demostrarte la veracidad de mis sentimientos. No vas a dudar nunca de que no quiero conocer ni estar con nadie que no seas tú. Que te adoro. Que te amo.

—¿Aunque sea fea? —Lo probó por última vez.

—Para mí eres perfecta; o si lo prefieres, siempre serás mi fea

preferida. Ya sabes, las feas también me enamoran. —Y a continuación pasó a demostrarle lo exacta de esa afirmación.